

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA\*

ASPECTOS DE LA VIDA PRIVADA DE LA CLASE ALTA  
DE VALPARAISO: LA CASA, LA FAMILIA Y  
EL HOGAR ENTRE 1830 Y 1880<sup>1</sup>

---

ABSTRACT

This article-based on the study of contemporary wills, lawsuits, letters, newspapers and memoirs-reconstructs certain aspects of the private life of the upper class of Valparaiso in the 19th century: their houses, their marriages, their values and ideals, and their home life and pastimes.

During the period covered by this study it is possible to observe certain changes in a significant part of this group. Thus, during the last third of the century the plain house gave way to the mansion: money and ostentation became increasingly important, weakening the old values of hard work, sobriety and family unity among the Valparaiso elite.

Without exploring the more profound reasons for this evolution, the author suggests that this could be due to the admiration with which that sector regarded the upper class of Santiago, given that the new lifestyle adopted was practically the same as the one of the elites in the capital.

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XIX se aprecia que en la sociedad porteña se configuró un clase alta —o elite, si se quiere— en la que tuvieron cabida, entre otros, hombres de negocios, senadores, diputados, alcaldes, regidores, autoridades políticas (intendente y gobernador, por mencionar algunas), re-

---

\* Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

<sup>1</sup> Este trabajo pudo realizarse gracias al aporte económico que proporcionó la empresa D&S, y forma parte de un conjunto de investigaciones que esa misma empresa financió sobre la historia de Valparaíso en el período comprendido entre 1830 y 1930.

presentantes del Poder Judicial, diplomáticos, altos oficiales de la marina y el ejército y, en fin, un corto número de profesionales (abogado y médicos, principalmente)<sup>2</sup>.

En alguna medida, la vida pública de los anteriores es relativamente conocida, sobre todo a través de investigaciones que se refieren al papel que en materia económica le cupo al grupo de hombres de negocios, o que describen la acción pública de algunas figuras políticas del mundo porteño. En cambio, su modo de vida privado ha sido escasamente estudiado, no existiendo prácticamente trabajos que permitan saber cómo eran sus casas y sus menajes; cómo eran sus noviazgos, su vida familiar y conyugal; qué formación daban a sus hijos o cuáles eran sus actividades cotidianas en el hogar, por mencionar algunos de los temas que posibilitarían conocer lo que, en síntesis, podríamos llamar su intimidad.

El tropiezo fundamental para abordar esos temas radica en que la intimidad, en el siglo XIX, estaba defendida o, más exactamente, vedada a las miradas indiscretas. Littré, por ejemplo, sostenía que “no estaba permitido indagar ni dar a conocer lo que ocurre en la casa de un particular”<sup>3</sup>. En nuestro país se afirmaba, a mediados del siglo pasado, prácticamente lo mismo, argumentando que “el sistema constitucional había declarado inviolable la vida privada...”<sup>4</sup>, que “la vida del hogar debía estar amurallada,... (que) el santuario de la familia o del hombre no debía ser profanado por la osadía extraña...”<sup>5</sup>, y que, en fin, lo que sucedía en la casa quedaba vedado tanto “para la crítica como para el elogio...”<sup>6</sup>. Los planteamientos indicados permiten comprender por qué las fuentes periodísticas —como los diarios y las revistas— no se refieren casi nunca a ese mundo privado y

---

<sup>2</sup> La composición de la elite se ha determinado a base del estudio de algunas de las instituciones económicas y sociales de Valparaíso que estuvieron integradas por miembros de dicho grupo. Entre las económicas, se estudiaron las compañías de seguros y consejos de administración de bancos, y entre las sociales al *Club de la Unión*, *Sociedad Filarmónica*, *Sociedad de Instrucción Primaria*, *Sociedad de Beneficencia de Señoras*, *Sociedad de Beneficencia y Socorros*. Las nóminas de los componentes de esas instituciones, junto a las de los asistentes a las grandes reuniones sociales en Valparaíso, forman la base que sirvió para elaborar el listado —en ningún caso completo— de las figuras que formaban parte de la elite porteña durante el siglo XIX. En este artículo sólo aparecen las figuras sobre las que se pudo obtener alguna información acerca de su vida privada.

<sup>3</sup> Perrot, Michelle, *Formas de habitación*, en *Historia de la Vida Privada* (dirigida por Philippe Aries y Georges Duby). Taurus. Tomo 8. Madrid, 1991, 9.

<sup>4</sup> *El Mercurio*, 17 de septiembre de 1849. Con seguridad se refiere al artículo 146 de la Constitución de 1833, en el que se establecía que “la casa de toda persona que habite el territorio chileno es un asilo inviolable...”.

<sup>5</sup> *El Mercurio*, 18 de diciembre de 1850.

<sup>6</sup> *La Mariposa*, Valparaíso, 20 de junio de 1863.

por qué cuando lo hacen sus menciones sean más bien superficiales, sin entrar a un recinto que se estimaba propio de cada cual e inviolable por los demás. Sólo a fines del período estudiado se aprecia en dicha documentación un cierto cambio, al incluir en sus páginas informaciones sobre la vida social que la elite comenzó a realizar en sus casas. Pero esas noticias sólo posibilitan saber cómo organizaron sus grandes fiestas, quiénes asistían y cómo se divertían en ellas, sin que hagan mayor mención a otros aspectos de la vida en el hogar. Este, en realidad, todavía hacia fines del siglo XIX seguía siendo considerado como un lugar que ningún extraño podía impunemente profanar.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo conocer la vida material, las actitudes y los sentimientos de ese sector social? El desafío que se planteaba —o las preguntas que pretendíamos contestar— se procuró resolver a través de la revisión de diarios de vida, escritos familiares, testamentos y epistolarios de la época. La verdad es que no tuvimos acceso a ningún diario de vida y sólo pudimos consultar un breve pero sugerente cuadernillo con apuntes personales de una familia porteña<sup>7</sup>. Lo que sí se pudo hallar fue una serie de testamentos, particiones, inventarios y juicios de disenso que, gracias a los antecedentes que proporcionaron sobre aportes de los contrayentes al matrimonio, dotes, bienes, edades de los cónyuges, número de hijos, ideales espirituales y culturales, y conflictos entre padres e hijos, posibilitaron entreabrir la puerta de los hogares de la elite a la curiosidad del investigador. Esos datos, unidos a una valiosa correspondencia familiar<sup>8</sup>, a testimonios de viajeros, manuales para padres y de urbanidad y a algunas informaciones de prensa, forman la base documental que sirvió para elaborar este esbozo del mundo privado de la clase alta porteña.

El período escogido no es casual. Se pensó que hacia 1830 se encontraban establecidas las primeras familias, y que estas, así como las que llegaron posteriormente, adoptaron un estilo de vida que era interesante conocer a lo largo de medio siglo, en particular para procurar precisar posibles cambios, evoluciones o persistencias en lo que habría sido el carácter inicial de dicho grupo.

<sup>7</sup> Se trata de los apuntes que escribió Elena Dorado Uriburu sobre la familia Dorado, cuyo conocimiento debo a la generosidad del profesor Carlos Aldunate del Solar.

<sup>8</sup> Intercambiada entre Manuel Carvallo y Henriqueta, su hija, y esposa de Juan de Dios Merino Benavente. Este matrimonio, desde que se instaló en el cerro de la Concepción, a mediados de 1870, formó parte de la elite del puerto. La documentación apuntada pude consultarla gracias a la generosidad de la señora María Elisa Merino Palacios de Middleton, nieta de Henriqueta y propietaria de dicha fuente.

## I. LA CASA: EL ESPACIO FÍSICO DE LA VIDA PRIVADA

Entre 1830 y 1880 los miembros de la elite no vivían propiamente en un barrio de Valparaíso. Más bien habría que decir que se encontraban repartidos entre los cerros Alegre y de la Concepción, y en algunas de las calles principales del plan.

### I.1. *Las casas del cerro Alegre y de la Concepción*

En 1872, Recaredo Santos Tornero observaba que el cerro Alegre “era el predilecto de la parte inglesa de nuestra población (y) que en él (se) había formado una especie de colonia en la que han introducido sus propias costumbres”<sup>9</sup>. ¿Qué llevó a los extranjeros y a algunos nacionales a escoger esas alturas para vivir? ¿Por qué no se quedaron en el plan? En cierto modo, podría decirse que esa decisión tenía como objeto aislarse del resto de la población, en una actitud característica de ciertos extranjeros —y muy marcada en los ingleses<sup>10</sup>— que se establecían en tierras que no eran las suyas. Pero también podría afirmarse que adoptaron esa determinación para huir de un mundo que, como el plan, les resultaba feo y muy contrario al estilo de vida que procuraban practicar los anteriores. Estos, en efecto, buscaban asentarse en espacios físicos en los que hubiese orden, limpieza, tranquilidad y belleza y, por otra parte, trataban de elegir lugares que les permitieran vivir lo más alejados posible del despacho o la oficina donde trabajaban.

En ese sentido, recordemos que los ingleses venían de una sociedad en la cual la separación entre el lugar de trabajo y el hogar cobraba cada vez más fuerza. Y que los anteriores procuraban tener una vida familiar físicamente independiente del espacio donde se desarrollaban los negocios. De esta manera intentaban alejarse del bullicio, suciedad, agitación y habitantes desagradables que eran propios de la ciudad, al tiempo que hacían de la casa un mundo distinto, en el cual trataban que reinaran la belleza, la tranquilidad y la paz<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Tornero, Recaredo Santos, *Chile Ilustrado*. Librería y Agencias del Mercurio. Valparaíso, 1872, 120.

<sup>10</sup> *The Chilean Times*, 28 de marzo de 1877, 1, anota que los jóvenes ingleses “llegan aquí en sus costumbres extrañas. Su primer impulso es juntarse con gentes de su país en lugar de iniciarse en la forma y costumbres de la gente entre la cual viven. Muchos desdeñan a los nativos... la mayor parte de los jóvenes ingleses en el país... no tiene ni un solo chileno a quien pueda realmente llamar su amigo. Este es un gran fallo. En cierta forma dependemos de este país y de su gente para nuestra subsistencia...”

<sup>11</sup> Hall, Catherine, *Sweet Home*, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Taurus. Madrid, 1989, 70.

El plan de Valparaíso, como se dijo, era un lugar poco atractivo para los inmigrantes con esos ideales de vida. Téngase en cuenta al respecto que entonces era normal que sus habitantes tiraran las basuras e incluso las “materias fecales” a las quebradas o a cualquier sitio baldío de los cerros o del mismo plan. Estos desperdicios, sobre todo en los meses de verano, provocaban un persistente mal olor, que inundaba y recorría las calles, a tal punto que en dicha estación la “fetidez” de ciertos lugares obligaba a los transeúntes a “taparse las narices o contener la respiración...”<sup>12</sup>.

Esa situación se agravaba por el hecho de que la policía, también en esa estación, mataba los perros que deambulaban por todas partes. La autoridad regularmente ordenaba que esos animales fueran suprimidos cuando su número sobrepasaba lo aceptable. De esa manera se intentaba evitar que contagiaran a la población con las enfermedades (hidrofobia, especialmente) que padecían<sup>13</sup>. En la década de 1840 la policía mataba los perros mediante un “salvaje modo”<sup>14</sup>, y utilizando distintos venenos desde mediados de siglo en adelante<sup>15</sup>. Los canes muertos eran lanzados al mar; allí, flotando, se descomponían, lo que daba origen a un “olor penetrante y nauseabundo” que se sentía especialmente en las “calles paralelas al mar”<sup>16</sup>.

Es cierto que el viento, que soplaba preferentemente durante el verano, contribuía a alejar los malos olores. Pero también lo es que su presencia transformaba la tierra de las calles en un polvo que lo inundaba todo, y que hacía muy difícil mantener el aseo y la limpieza en las casas y arterias de la ciudad<sup>17</sup>. Algo cambió este cuadro desde que se comenzaron a empedrar las calles y a enlozar las aceras. Pero esto ocurrió paulatinamente, y muy poco o nada significó respecto a la suciedad del polvo durante gran parte del período que cubre este estudio<sup>18</sup>.

Las lluvias, por su parte, causaban enormes trastornos y daños en la ciudad. Así, un aguacero intenso convertía la tierra de sus calles en un lodazal que impedía la circulación normal de las personas, carros, coches y carretas. Fue precisamente lo que aconteció en pleno invierno del año 1846, cuando a consecuencia de las lluvias —informaba un periódico— “el pueblo ya no puede

<sup>12</sup> *Revista Médica de Chile*, tomo VI, 1877-78, 372.

<sup>13</sup> *El Mercurio*, 19 de enero de 1852, 4 de noviembre de 1869 y 18 de enero de 1870.

<sup>14</sup> *Idem*, 13 de febrero de 1844.

<sup>15</sup> *Idem*, 19 de enero de 1852, 4 de noviembre de 1869 y 18 de enero de 1870.

<sup>16</sup> *Revista Médica de Chile*, tomo VI, 1877-78, 372.

<sup>17</sup> *El Mercurio*, 1 de octubre de 1851.

<sup>18</sup> Tornero, *Op. cit.*, 125 y 126.; y Luis Rodrigo Guzmán Cáceres, *Encerrados entre los cerros y el mar. Reforma y segregación urbana en Valparaíso*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, 1988, 35 y ss.

transitar por algunos parajes; en otros –agregaba– el tránsito en coche es impracticable y a pie es desesperante; lugares hay en la calle de la Victoria en que si se da la fatalidad de volcarse un coche se ahogarán sin remedio las personas que vayan adentro...”<sup>19</sup>. Las inundaciones, con todo, tenían a veces un aspecto positivo, sobre todo cuando el agua penetraba en las “ratoneras situadas en las calles Cochrane y Blanco, a pocos pasos del muelle...”<sup>20</sup>, y ahogaba a los cientos de roedores que tenían allí sus madrigueras.

Por si fuera poco, los habitantes del plan sufrían las consecuencias de la presencia de los mendigos que deambulaban por sus calles principales, poco menos que persiguiendo a los transeúntes a fin de inspirarles lástima y conmovellos para conseguir la ayuda que necesitaban<sup>21</sup>. Téngase en cuenta al respecto que algunos pordioseros eran “seres mutilados” que, con el objeto de obtener la ansiada limosna, no trepidaban en mostrar con insistencia y desenfado “sus heridas y malformaciones”<sup>22</sup>. Que otros eran ciegos que, para conseguir una moneda, iban de un lugar a otro tocando sus instrumentos y entonando sus canciones<sup>23</sup>. Y que no pocos –como solía denunciarse– eran “hombres robustos y sanos... cuyo único derecho a la caridad parecía consistir en que la naturaleza los hizo incurablemente perezosos...”<sup>24</sup>. No puede dejar de señalarse, por otra parte, que un cierto número de mendigos vivía en el mismo plan, en “tendales y casuchas” que podían verse a lo largo de la línea férrea<sup>25</sup>. Este hecho, unido a la habitual existencia de mendigos en las calles, mueve a sugerir que la miseria estaba permanentemente presente en la ciudad o, si se quiere, que casi formaba parte de lo que era la vida diaria en el plan.

Los cerros que rodeaban al plan, con excepción del cerro Alegre y de la Concepción, tampoco eran lugares especialmente acogedores. Hacia mediados de siglo, en efecto, esos últimos prácticamente habían perdido su vegetación, después que las autoridades no habían podido impedir el corte de árboles y arbustos para construir casas, y para servir como combustible de los numerosos hornos donde se elaboraban tejas y ladrillos<sup>26</sup>. En esos cerros áridos –cuenta un viajero– el mundo popular había ido construyendo “casas

<sup>19</sup> *El Mercurio*, 13 de junio de 1846.

<sup>20</sup> *Idem*, 11 de diciembre de 1875

<sup>21</sup> *Idem*, 6 de junio de 1868.

<sup>22</sup> Walpole, Federico, “Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX”, en *Boletín de la Academia de la Historia*, N° 6, 1935, 340.

<sup>23</sup> *El Mercurio*, 19 de enero de 1871.

<sup>24</sup> Walpole, *Op. cit.*, 340.

<sup>25</sup> *El Mercurio*, 16 de noviembre de 1877.

<sup>26</sup> Tornero, *Op. cit.*, 131, y Roberto, Hernández, *Valparaíso Panorámico*, Valparaíso, 1924, 11.

bajas y feas, pegadas por un costado al suelo y sostenidas por el otro sobre estacas dispuestas a manera de pilares”<sup>27</sup>. Por la misma época, un médico describía esas moradas diciendo que las “casas (estaban) unas sobre otras, participándose sus exhalaciones pestíferas, (y que sus) habitaciones eran pequeñas, húmedas, sucias, mal ventiladas, llenas de habitantes, y recibiendo por atmósfera permanente los pútridos y mortíferos efluvios de albañales abiertos llenos de sustancias animales, vegetales en un estado de continua descomposición...”<sup>28</sup>.

Por las razones expuestas, el plan y gran parte de los cerros eran muy poco atractivos para los extranjeros que, por su sensibilidad y cultura, buscaban establecerse en espacios limpios, arreglados y bellos, y en los que pudieran disfrutar de la naturaleza. Era, precisamente, lo que expresaba Mrs. G. B. Merwin, esposa del cónsul de los Estados Unidos, cuando se quejaba, a mediados de siglo, porque en el segundo piso de la casa que arrendaba en el plan sufría las consecuencias del polvo y no veía más que gente, burros, perros y marineros<sup>29</sup>. Sus casas y edificios, y la ciudad en general, le parecían “feos”, chatos y sin mayor gracia<sup>30</sup>. Los cerros Alegre y de la Concepción, en cambio, los consideraba placenteros, gratos y bellos, porque en ellos se podía disfrutar de hermosas vistas, de casas con jardines, de buen aire y de una limpieza que prácticamente no existía en el resto de la ciudad.

Dichos cerros, en realidad, fueron obra de los extranjeros que, desde comienzos de la década de 1820 comenzaron a instalarse en ellos. En este sentido hay que tener en cuenta que una de las preocupaciones centrales de aquellos fue trocar su falta de vegetación por jardines llenos de plantas y flores, que incluso procuraban cultivar más allá de los límites de cada propiedad<sup>31</sup>. De esta manera sus habitantes —que en su mayoría eran ingleses— incorporaban la naturaleza a sus casas<sup>32</sup>, y convertían a estas últimas en lugares

<sup>27</sup> Radiguet, Max, *Valparaíso y la sociedad chilena en 1847*, en *Viajeros en Chile. 1817-1847*. Editorial del Pacífico S.A. Santiago, 1955, 218.

<sup>28</sup> Informe de la Facultad de Medicina, redactado por el Dr. Tomás Amstrong, 3 de julio de 1846, en Archivo Nacional (AN, en adelante), Ministerio del Interior (MI, en adelante), vol. 161, s/f. También se encuentran algunos datos sobre el mundo popular de los cerros en Ramón Subercaseaux, *Memoria de ochenta años*. Segunda edición. Tomo I. Editorial Nascimento, Santiago, 1936, 37.

<sup>29</sup> Lady of Ohio (Mrs. G.B. Merwin), *Three years in Chile*. Folett, Foster and Company, 1863, 51 y 53.

<sup>30</sup> Idem.

<sup>31</sup> *El Mercurio*, 28 de mayo de 1872 y Benjamín Vicuña Mackena, *Valparaíso y los ingleses en tres siglos*. Imprenta Cervantes. Santiago, 1910, 62.

<sup>32</sup> Para Europa ver Michelle Perrot, “Formas de habitación”, en *Historia de la vida privada*. Tomo 8. Taurus. Madrid, 1989, 11.

que, tanto por sus flores como plantas, resultaban cada vez más acogedores para sus moradores y vecinos. O bellos, si se quiere, de la misma manera que lo hacían en las casas de su país, con el mismo propósito e intención.

En esa época se contabilizaban alrededor de ochenta casas en el cerro de la Concepción<sup>33</sup>. En casi todas ellas habitaban extranjeros que profesaban la religión protestante. Un cierto número de los anteriores puede ser identificados como figuras prominentes del mundo social y económico porteño, sin que esto signifique que fuera un lugar en el que residían sólo miembros de dicho círculo. En realidad, entre los extranjeros del cerro también había una suerte de estrato medio, integrado, entre otros, por capitanes de barcos y un cierto número de viudas y mujeres solteras, muchas de las cuales solían arrendar piezas con el propósito de aumentar sus ingresos<sup>34</sup>.

Hacia fines de la década de 1860 se encontraban instalados en dicho cerro figuras de la clase alta tales como el matrimonio integrado por la chilena Lastenia Vives y el comerciante inglés Jorge Rose Innes; este, a esas alturas, era socio de Archibald Macqueen, presidente del Banco Nacional de Chile y dueño de una respetable fortuna<sup>35</sup>. Vecinos del matrimonio anterior eran: los comerciantes ingleses Templeman y David Allardice, socio este último de la casa Cockbain, Allardice, de Liverpool<sup>36</sup>; el matrimonio integrado por Anacleto Osse y el inglés Juan Atkinson, constructor de barcos y socio de la Compañía de Diques Santiago<sup>37</sup>; el matrimonio que formaban Catalina Searle y el marino inglés Guillermo Williams<sup>38</sup>; el matrimonio compuesto por Mercedes Biggs Cooper y el comerciante norteamericano Pablo Délano<sup>39</sup>; el reverendo David Trumbull, activo misionero presbiteriano y delegado en Chile de la logia Massachussets<sup>40</sup>; Eduardo Loring, J.W. Bates, los alemanes Oscar Schroeder y T. Herbstaedt, el doctor Tieder, Mr. Moller<sup>41</sup> y el matrimonio chileno integrado por Henriqueta Carvallo Causten

<sup>33</sup> *El Mercurio*, 28 de diciembre de 1872.

<sup>34</sup> *El Mercurio*, 13 de julio de 1875.

<sup>35</sup> Hacia fines de la década de 1860 Rose Innes se trasladó a vivir a Londres, retornando a Valparaíso por cortos períodos, en *The Chilian Times*, 22 de septiembre de 1877, y *El Mercurio del Vapor*, 16 de julio de 1868.

<sup>36</sup> AN, Notarios de Vaparaíso (NV, en adelante), v. 282, f. 893.

<sup>37</sup> Hillman, Charles, *Old Timers: British and American in Chile*. Imprenta Moderna. Santiago, 1900, 178, 182 y 338; y AN, NV, v. 163, f. 95.

<sup>38</sup> En primeras nupcias había sido casado con Mercedes Baeza, en AN, NV, v. 209, f. 699-700.

<sup>39</sup> Era su esposa desde 1855, en AN, NV, v. 228, f. 450 y ss.

<sup>40</sup> Venezian, Silvia, *Misioneros y maestros: La educación inglesa y norteamericana en Chile en el siglo XIX*. Tesis. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, 1993, 29.

<sup>41</sup> Los datos proceden de *El Mercurio* 18, 27 y 28 de enero de 1868, y 7 de agosto de 1869.

y Juan de Dios Merino Benavente. Este, que junto a su esposa, llegó a Valparaíso a mediados de 1870, se desempeñaba como Comisario General de Guerra y Marina en ese puerto y, desde 1879, como subjefe de la Intendencia General del Ejército y la Armada en Campaña<sup>42</sup>. En esa ciudad, por otra parte, fundó el Supremo Consejo Masónico, lo que le provocó una áspera disputa con el médico argentino Francisco Javier Villanueva<sup>43</sup>, mason como aquel, y también miembro de la elite porteña<sup>44</sup>.

En el cerro Alegre, según Alexander Caldclough, vivía “una sociedad aparte... En cuanto uno sube –añadía– se reconoce por las pinturas coquetas de las casas, los portones olorosos a flores, los senderos cubiertos de pastito, ese amor al orden y a la comodidad que distingue en todas partes a los rubios hijos de Albión. Aquí las habitaciones... cobijan a algunas familias que hasta cierto punto han trasplantado su patria al suelo de América... sólo los intereses comerciales poderosos y múltiples las unen a la ciudad que bulle a los pies de la montaña...”<sup>45</sup>.

Hacia fines de la década de 1870 se encontraban establecidos en dicho cerro, al igual que en el de la Concepción, extranjeros protestantes de estratos altos y medios, junto con un puñado de chilenos<sup>46</sup>. Entre los primeros podemos mencionar al matrimonio protestante formado por Margarita Gaze y el inglés Samuel Oxley, este último propietario de minas y de acciones en varias sociedades anónimas<sup>47</sup>; a los también ingleses Santiago Heywood, vicepresidente del Banco Nacional y de la Compañía Chilena de Seguros, y presidente de la Sociedad del Ferrocarril de Carrizal<sup>48</sup>; Enrique Evans, Gus-

<sup>42</sup> Carta de Juan de Dios Merino Benavente a Luis Aldunate Carrera (escrita alrededor de 1891), en Benjamín Merino Carvallo, *Henriqueta Carvallo de Merino Benavente*, 9 y 92 (inédito). En poder de la señora María Elisa Merino Palacios de Middleton.

<sup>43</sup> Oviedo, Benjamín, *La masonería en Chile*. Santiago, 1929, 333 y ss.

<sup>44</sup> Debo parte de la información sobre Juan de Dios Merino Benavente a la generosidad de don Mario Benavente Boizard, que me proporcionó unos apuntes inéditos sobre su vida. La gran fuente, con todo, son las cartas de Henriqueta a su padre Manuel Carvallo, en poder de la señora María Elisa Merino Palacios de Middleton. Ver también sobre dicha figura a Virgilio Figueroa, *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*. Tomo I. Imprenta y Litografía “La Ilustración”. Santiago, 1925, 592, y Virgilio Figueroa, *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*. Tomo IV y V. Establecimientos Gráficos Balcells y Cía. Santiago, 1931, 258; también en *El Mercurio*, 28 de diciembre de 1875.

<sup>45</sup> Citado por Venezian, *Op. cit.*, 85.

<sup>46</sup> A modo de ejemplo de miembros del estrato medio puede incluirse al capitán King, a cuyo cargo estaba el barco “Ayacucho”, que vivía con su esposa en la calle del Hospital del cerro Alegre, en *The Chilean Times*, 17 de noviembre de 1877.

<sup>47</sup> Inventario de los bienes de Samuel Oxley, en AN. Judicial Valparaíso (JV, en adelante), legajo 1.012, pieza 8

<sup>48</sup> *El Mercurio*, 30 de julio de 1875.

tavo Jacobsen, Stephan Williamson, Alexander Balfour, Charles Mc Culloch y Federico Baynham, este último propietario de una empresa de carruajes<sup>49</sup>; vecino de los anteriores era el alemán Cesar Maas, socio de José Tomás Ramos<sup>50</sup>, y el doctor Cooper<sup>51</sup>.

La casa que tenía el matrimonio formado por Samuel Oxley y Margarita Gaze puede servir como ejemplo de las que poseía la mayoría de los que, hacia esa fecha, vivía en dicho cerro o en el de la Concepción. Su sitio tenía una superficie de 796 metros, y su avalúo alcanzaba a los \$ 7.960 en 1873<sup>52</sup>. La casa propiamente tal, aunque "vieja", se encontraba en buen estado; sus dimensiones eran trece metros veinte centímetros de largo por doce metros noventa de ancho. El primero piso había sido edificado sobre cimiento de piedra, sus suelos y cielos eran "entablados", y pintados estos últimos. Cuatro habitaciones había en esa planta, cuyas paredes se encontraban empapeladas. En el segundo piso, que era de tabique, había seis "departamentos", con suelos y cielos de tablas, pintados estos últimos y empapeladas sus paredes. "Balcones corridos y salientes" podían verse a lo largo de todo el segundo piso que daba a la calle. La "enmaderación" del techo era a "dos aguas cubierta con tablas" y las puertas y ventanas habían sido hechas con madera de cedro y pino. El avalúo de la casa era de \$ 5.500<sup>53</sup>. Los "cuartos" de los sirvientes y la cocina habían sido construidos de piso de ladrillo, tabiques, cielos entablados y techos de tejas<sup>54</sup>.

En la casa de Samuel Oxley y Margarita Gaze los espacios presentaban una clara diferenciación, al igual que en las casas de la burguesía inglesa de la época<sup>55</sup>. En el primer piso, en efecto, se distinguían claramente el salón y el comedor. Las otras habitaciones, que no se identifican en el inventario, es probable que correspondan al escritorio de Oxley y al costurero de su esposa. En el segundo piso estaban los dormitorios de los padres y los hijos, y fuera de la casa la cocina y las habitaciones de los sirvientes<sup>56</sup>.

En el salón podían verse dos ambientes. El primero estaba compuesto por un sofá de caoba, otro de nogal, cuatro poltronas y seis sillas de nogal, todos

<sup>49</sup> Hillman, *Op. cit.*, 419, y AN, NV, v. 284, f. 341.

<sup>50</sup> *El Mercurio*, 3 de enero de 1877.

<sup>51</sup> *Idem*, 16 de enero de 1877.

<sup>52</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>53</sup> El valor total de la propiedad era de 15.340 pesos. Se incluía en él, además del precio del sitio y la casa, el precio de una mediagua (\$ 1.550) y el de una pared medianera (\$ 330), en AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>54</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>55</sup> Hall, *Op. cit.*, 72 y ss.

<sup>56</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

fornados en "reps". Dos estantes de madera de cedro para libros, una mesa de centro, ovalada y de caoba, cortinas de muselina y una alfombra de tripe rizado de treinta y tres metros. En las paredes algunas litografías y tres floreros de porcelana en las mesas, junto a un "busto de composición". El otro ambiente tenía como centro del mismo al piano de jacarandá, fabricado por Enrique Hertz. En torno a dicho instrumento habían dos sofases, dos pisos, dos poltronas y seis sillas de medallón forradas en "reps", junto a dos pequeños estantes de caoba, "para libros y curiosidades", dos mesas de arrimo de jacarandá, una mesa redonda con cubierta de mármol, cuatro "silletas" de asiento de junco, una "mesita" de *papier maché*, tres floreros de porcelana, cortinas y una alfombra de tripe rizado de treinta metros. En las paredes había cuatro cuadros con marco dorado, cortinas de muselina y una percha de cedro para sombreros; dos lámparas de gas, con tres luces cada una, servían para iluminar los dos ambientes que parecen integrar el salón<sup>57</sup>.

En el comedor había una mesa de caoba para diez personas, un aparador también de caoba, cuatro sillas americanas con asiento de junco, ocho sillas sin brazos, un sofá, un estante de cedro para libros, tres pares de cortinas de muselina, dos cuadros al óleo, un reloj de colgar y una alfombra. Un servicio de plata, de cuatro piezas, para té y café, era el objeto más valioso de todos los que integraban el servicio de la casa. En el segundo piso se encontraban los dormitorios y un baño. Con pocas variaciones se repiten en los primeros el "catre", la cómoda, el ropero, el velador, un lavatorio y un espejo. Todos parecen alfombrados y en uno de ellos, que debe corresponder al principal, había un escritorio y un sofá<sup>58</sup>.

El valor total de los muebles, adornos, ropa y libros de Samuel Oxley alcanzaba a los \$ 3.279<sup>59</sup>. De esta cantidad prácticamente el diez por ciento correspondía al valor del piano que aquel, al igual que toda familia porteña importante, tenía en el salón.

## I.2. *Las casas del plan*

Pero la clase alta porteña no sólo se instaló en dichos cerros. Hay un grupo significativo que, según se dijo, optó por vivir en el plan. Entre los integrantes de este último se cuentan chilenos, peruanos, bolivianos, argentinos y españoles, sin que falten algunos ingleses y norteamericanos. En general, diríamos que en su mayoría eran católicos (aunque también se detectan

<sup>57</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>58</sup> Idem.

<sup>59</sup> Idem.

protestantes) y que fueron familias que tendieron a permanecer en Valparaíso. O si se quiere, y para ser exactos, a emigrar menos que los extranjeros que vivían en los cerros Alegre y de la Concepción, muchos de los cuales retornaron a sus países de origen una vez que los negocios o la actividad profesional les permitieron contar con importantes recursos.

De oeste a este, una de las primeras casas de ese grupo —situada en Blanco esquina de la Plaza de la Aduana— pertenecía al destacado comerciante nacional José Tomás Ramos<sup>60</sup>; siguiendo en dirección al oriente se encontraba, en la calle de la Planchada (hoy Serrano), la residencia de la familia formada por Nicasio de Toro y Mercedes Necochea<sup>61</sup>, y la del comerciante inglés Jorge Lyon y Carmen Santa María; en la calle Cochrane estaba la residencia de la familia chilena Pretot-Freire<sup>62</sup>; en la plaza de la Intendencia, en el palacio del mismo nombre, vivía el Intendente. Entre otros, desempeñaron ese cargo Joaquín Prieto, Julián Riesco, Domingo Espiñeira, Manuel Valenzuela, Manuel A. Orrego, Jovino Novoa, Cornelio Saavedra, José Ramón Lira, José Santiago Aldunate y Francisco Echaurren<sup>63</sup>, todos los cuales se convirtieron, en el período estudiado, en destacados personajes del alto mundo social porteño. En la calle San Juan de Dios (hoy Condell) destacaban las casas del comerciante Bernardino Bravo, del peruano Blas Cuevas, destacada figura de la masonería porteña<sup>64</sup>, de Carlos Pini, la del matrimonio integrado por Magdalena Vicuña y Ramón Subercaseaux<sup>65</sup> y la del matrimonio formado por la peruana Manuela Aliaga y el comerciante inglés Bartolomé Jorge Browne, fundador y administrador en Valparaíso de la casa comercial Federico Huth Grunning y Cía., y presidente del Banco de Valparaíso<sup>66</sup>; en la misma calle vivía el inglés Roberto Forbes Budge, en una casa de un piso y considerada una de las “mejores del barrio...”<sup>67</sup>.

En la calle del Teatro, paralela a la anterior, tenía su casa José María Dámazo de la Cruz, comerciante, director del Banco Nacional de Chile y alcalde de Valparaíso en la década de 1860<sup>68</sup>. En la calle del Cabo residía el

<sup>60</sup> *El Mercurio*, 13 de febrero de 1877.

<sup>61</sup> *Idem*, 16 de enero de 1873.

<sup>62</sup> *Idem*, 22 de diciembre de 1877.

<sup>63</sup> AN, Municipalidad de Valparaíso (MV, en adelante), vol. 7, 8 y 9.

<sup>64</sup> AN, Intendencia de Valparaíso (IV, en adelante), vol. 205, 1869, y René García Valenzuela, *Introducción a la historia de la Francmasonería en Chile*. Ediciones de la Gran Logia de Chile. Santiago, 1997, 349.

<sup>65</sup> AN, IV, vol. 157, 1863.

<sup>66</sup> *El Mercurio*, 1º de septiembre de 1868, 13 de octubre de 1870, y 16 de enero y 22 de septiembre de 1873.

<sup>67</sup> Hernández, Roberto, *Valparaíso en 1827*. Imprenta Victoria. Valparaíso, 1927, 33.

<sup>68</sup> *El Mercurio del Vapor*, 16 de julio de 1868 y *El Mercurio*, 6 de septiembre de 1870, y Figueroa, *Op. cit.* Tomo I, 591-2.

matrimonio compuesto por Adelaida Mayol y Juan de Dios Arlegui. Esta figura abrió su estudio de abogado en 1850, consiguiendo una respetable fortuna en el ejercicio de su profesión<sup>69</sup>. En 1862 era designado Primer Gran Maestro de la Gran Logia de Chile<sup>70</sup>. Dos años antes había sido elegido regidor por Valparaíso; también en la década de 1860 fue secretario del intendente de dicho puerto; diputado por Valparaíso en 1873 y senador por esa ciudad tres años después<sup>71</sup>; ese último año aparece vinculado al partido radical y ocupaba el cargo de superintendente del cuerpo de bomberos de Valparaíso<sup>72</sup>. En la plaza de la Victoria, en un edificio que hacía esquina con la calle Chacabuco, y que se incendió a fines de 1869, vivía Angel Solari; también el matrimonio integrado por la chilena Lastenia Pradel y el danés Nicolás Christian Schüth. Este, uno de los miembros prominentes de la elite, se desempeñaba como cónsul de su país, al tiempo que era comerciante, director del Lloyds, dueño de una barraca de fierro y agricultor en Parral<sup>73</sup>. En el mismo edificio vivía Ana Warnes, viuda del rico comerciante argentino Francisco Peña; Saturnino Costabal, la familia Rusque, el chileno Antonio Jacobo Vial, jefe de vistas de la aduana del puerto<sup>74</sup> y el cónsul de Gran Bretaña William Rouse; este último se desempeñó como tal desde 1827 y hasta 1870, en que renunció a dicho cargo<sup>75</sup>. Santiago Edwards y Pilar López eran vecinos de ese edificio<sup>76</sup>.

En la vereda sur de esa plaza se encontraba el edificio del Teatro de la Victoria, en cuyo segundo piso tenía su hogar el matrimonio formado por la española Margarita Maroto y el chileno José Luis Borgoño; este, en 1859, remató la recova de la Victoria, y desde ese año y hasta al menos 1863 ganó la subasta que se hacía para la mantención de los animales de la policía. Fue uno de los dueños del Teatro de la Victoria y figura de importancia política en Valparaíso. En este sentido, recordemos que fue elegido diputado y senador por dicho puerto, y que en la sociedad porteña se le consideraba “un partidario de confianza” del gobierno<sup>77</sup>.

<sup>69</sup> *El Mercurio*, 2 de julio de 1850.

<sup>70</sup> García Valenzuela, *Op. cit.*, 175.

<sup>71</sup> *Idem*, 28 de diciembre de 1875.

<sup>72</sup> *Idem*, 21 de diciembre de 1875 y 9 de agosto de 1876.

<sup>73</sup> *Idem*, 19 de octubre de 1859, 6 de noviembre de 1869, 13 y 18 de junio de 1872 y AN, IV, vol. 205

<sup>74</sup> AN, IV, vol. 205 y *El Mercurio*, 20 de noviembre de 1869.

<sup>75</sup> *El Mercurio*, 23 de marzo de 1870.

<sup>76</sup> *Idem*.

<sup>77</sup> AN, MV, vol. 8 y 9, *El Mercurio*, 7 de septiembre de 1876 y Roberto Hernández, *Los primeros teatros de Valparaíso*, Imprenta San Rafael, Valparaíso, 1928, 135. Margarita Maroto heredó la hacienda Con-Con hacia mediados del siglo pasado. A fines del siglo XVIII fue tasada en 10.000 pesos y no sabemos si fue arrendada o explotada directamente por ella, en Carlos J. Larraín, *Viña del Mar*, Santiago, 1946, 145 y 151.

En el número 12 de la plaza de la Victoria, en su costado oriente, se levantó a comienzos de la década de 1870 el palacio del matrimonio formado por Juana Ross y Agustín Edwards Ossandón. Sin ninguna duda, dicha construcción fue la mansión más importante de Valparaíso, reflejando su grandiosidad el poder económico de su dueño. Este, como se sabe, a los catorce años había reunido un capital de 14 mil pesos en negocios mineros; en 1851, al momento de casarse, tenía un millón de pesos, y nada menos que 27 millones, conseguidos en parte gracias a las ganancias que le proporcionó el Banco Edwards y las ventas de cobre que hizo al extranjero<sup>78</sup>, cuando para el asombro de muchos edificó esa construcción. Además de sus negocios, Agustín Edwards tuvo cierta participación política, puesto que en 1873 fue elegido diputado por Valparaíso, y senador por esa ciudad tres años después.

En la calle de la Independencia vivía el matrimonio integrado por María Mercedes Prieto y el comerciante inglés Alejandro Cross, presidente del Lloyds<sup>79</sup>. En la calle Chacabuco habitaba el matrimonio formado por María Teresa Canciani y el comerciante alemán Adolfo Fernando Flindt<sup>80</sup>; en dicha arteria, además, tenían sus casas Daniel Greenwood<sup>81</sup>, Hipólito Adler<sup>82</sup> y el matrimonio integrado por Juan Francisco Vergara y Mercedes Alvarez, nieta esta última de Francisco Alvarez, uno de los hombres más ricos de Chile a comienzos de la década de 1840<sup>83</sup>. Vergara, como se sabe, era ingeniero y como tal tuvo una participación destacada en la construcción del ferrocarril Santiago-Quillota; en un plano diferente, hay que consignar que fue miembro prominente de la masonería porteña<sup>84</sup> y figura destacada del Partido Radical.

El matrimonio formado por Margarita Masenlli y Francisco Smith vivía en la calle de la Victoria<sup>85</sup>; este último, en 1875, era socio de Smith,

---

<sup>78</sup> *El Mercurio*, 10 de enero de 1878, y Virgilio Figueroa, *Diccionario Histórico y Bibliográfico de Chile*. Tomo III. Establecimientos Gráficos Balcels y Cía. Santiago, 1929, 17 y ss.

<sup>79</sup> *Idem*, 17 de julio de 1868, 26 de septiembre de 1877, y AN, NV, v. 162, f. 250 vta. y 251.

<sup>80</sup> Eastman Montt, Tomás, *Infancia en Chile*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 132, 1964, 278.

<sup>81</sup> *El Mercurio*, 28 de junio de 1876.

<sup>82</sup> *Idem*, 19 de mayo de 1876.

<sup>83</sup> *Idem*, 28 de diciembre de 1875, y Juan Eduardo Vargas Cariola, *José Tomás Ramos Font. Una fortuna chilena del siglo XIX*. Fundación Mario Góngora. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 1988, 49 y ss.

<sup>84</sup> Figueroa, *Op. cit.* Tomo IV y V, 1.021.

<sup>85</sup> *El Mercurio*, 28 de diciembre de 1875, y testamento de Francisco Smith, en AN, NV, f. 591-593.

Masenlli y Cía., y propietario de una significativa cantidad de acciones en diversas sociedades<sup>86</sup>; en la misma calle tenía su residencia el matrimonio argentino integrado por Genoveva García y el doctor Francisco Javier Villanueva<sup>87</sup>. Este había emigrado a Chile en la época de Rosas, ejerciendo primero su profesión en Santiago; más tarde se trasladó a Valparaíso, donde se desempeñó como médico particular y de la Armada<sup>88</sup>.

El inglés Joshua Waddington, en fin, casado con Rosario Urrutia, vivía “al otro lado del estero de las Delicias”, en una casa quinta que sobresalía por su hermosísimo jardín<sup>89</sup> y por tener las características de la “morada de un lord inglés”<sup>90</sup>. Hacia 1830 dicha figura había hecho una fortuna respetable en el mundo del comercio y era considerado uno de los hombres más ricos del país<sup>91</sup>.

Hasta mediados de la década de 1860, buena parte de las construcciones del plan —según Tornero— eran de un piso y de adobe, “un poquito por economía, y mucho por temor a los fuertes temblores...”<sup>92</sup>. El rico armador y comerciante italiano Antonio Canciani, por ejemplo, poseía una quinta entre las calles de la Victoria y de la Independencia. La superficie de esta propiedad alcanzaba a los seis mil 480 metros, habiéndose edificado en ella una casa de adobe y madera que tenía tres pisos<sup>93</sup>. En el primero, además de la cocina, había cuatro habitaciones empapeladas, con ventanas al patio; dos de ellas, por lo menos, corresponderían al salón y al comedor. En el segundo piso había cuatro habitaciones, cuyos techos estaban pintados al óleo, con dos ventanas que también miraban hacia el interior. En el tercero, por último, se encontraba una habitación que, como las anteriores, tenía sus ventanas hacia el patio de la quinta<sup>94</sup>.

El inglés Jorge Lyon, propietario de la firma comercial “Jorge Lyon e hijos”, habitaba en 1867 una casa en la calle de la Planchada 83. Al igual que la de Samuel Oxley, dicha residencia presentaba espacios claramente

<sup>86</sup> Las acciones correspondían al Banco Nacional, Banco Alianza, Banco de Valparaíso, Banco del Pobre, Banco de Concepción, Compañía Chilena de Consignaciones, Ferrocarril Urbano, Compañía Nacional de Seguros, Compañía de Minas y Fundición Chañaral, en testamento de Francisco Smith, en AN, NV, v. 230, f. 591-593.

<sup>87</sup> Testamento de Francisco Javier Villanueva, en AN, NV, v. 310, f. 617 y ss.

<sup>88</sup> *El Mercurio*, 19 de mayo de 1836 y Figueroa, *Op. cit.* Tomo IV y V, 1.070.

<sup>89</sup> Soto Rojas, Salvador, *Crónicas chilenas*. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona. Santiago, 1913, 107 y ss. y *The Chilean Times*, 14 de octubre de 1876.

<sup>90</sup> Hernández, *Los primeros teatros*, 197.

<sup>91</sup> *El Mercurio*, 19 de mayo de 1836 y Figueroa, *Op. cit.* Tomo I y V, 1.078.

<sup>92</sup> Tornero, *Op. cit.*, 26-28.

<sup>93</sup> AN, JV, legajo 165, pieza 1.

<sup>94</sup> *Idem*.

diferenciados, tales como el salón, comedor, escritorio, dormitorio de los padres –al que pocas veces entraban los hijos<sup>95</sup>–, las habitaciones de estos últimos, y la pieza que ocupaba la institutriz. Las habitaciones de los sirvientes se encontraban separadas claramente de las anteriores o, como solía ocurrir, fuera de la casa.

En el salón de la casa de Jorge Lyon, cuya superficie era de casi cien metros, se distinguía “un juego de muebles de jacarandá con forro de brocato de seda”, compuesto de dieciocho sillas; cuatro sillas de brazo, dos sillas poltronas, dos sofaes y cuatro pisos para sofaes, “todo con fundas de percala”; dos mesas de arrimo de jacarandá con mármol y espejos y una mesa de centro; un sofá de jacarandá con forro de brocato de seda y un piso para sofá, “todo con sus fundas de percala”; una mesa de jacarandá rectangular; una mesa de *papier mâché*; cuatro sillas doradas; dos espejos grandes con marcos dorados; un juego de “tres mesita de la China”; un piano de jacarandá de Collard y Collard, con su asiento; dos estantes de jacarandá; una lámpara plateada para gas de cuatro luces y otra de tres; seis cornisas doradas con sus respectivas cortinas de “brocato de seda y muselina”; una alfombra de “tripe cortado” de noventa y seis metros y dos candelabros de cuatro luces y pendientes de cristal<sup>96</sup>.

En el comedor, cuya superficie era cercana a los cincuenta metros, se había colocado una mesa de caoba para dieciocho personas, dos mesas de caoba de arrimo, un aparador grande y otro mediano, ambos de caoba; dieciocho sillas de caoba “con forro de hule americano”, dos sillas de caoba “de brazo con forro de hule americano”, dos sillas poltronas de caoba y un sofá de caoba, también ambos con “forro de hule americano”; cuatro cornisas doradas, una alfombra de “tripe rizado” de cuarenta y ocho metros, una lámpara “bronceada para gas de tres luces”, cinco grabados “finos” con marcos dorados, un reloj de péndulo, con caja y estante de caoba, un barómetro y un termómetro. Un servicio de porcelana, otro de té y lo que se denominaban “cristales” (que incluía copas, vasos, botellas y otros) formaban parte principal del menaje de Jorge Lyon. La casa, por último, tenía una habitación destinada a costurero, otra a escritorio, una a cocina y varios dormitorios, entre los cuales destacaba el que ocupaban Jorge Lyon y Carmen Santa María, su esposa.

<sup>95</sup> Perrot, Michelle, *Funciones de la Familia*, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Taurus, Madrid, 1989, 122, y Wallis Hunt, *Heirs of Great Adventure. The history of Balfour, Williamson and Company Limited. 1851-1901*, 59 y ss.

<sup>96</sup> AN, JV, legajo 870, pieza 16.

Esta última habitación era de alrededor de treinta y cinco metros de superficie; había en ella una lámpara dorada para gas, de tres luces, un catre de bronce, un velador, un sofá, seis sillas, una mesa y dos libreros, todos de caoba. En las paredes se encontraban tres grabados y una cornisa dorada con cortinas de “damasco de lana”. El piso estaba cubierto por una alfombra de “tripe risado” de treinta y cinco metros<sup>97</sup>.

### I.3. *Mansiones y palacios en el plan*

En cierto modo, las casas podrían considerarse como un reflejo de la manera de ser de sus dueños. En este sentido, resulta sugerente comprobar que en 1867 los muebles y el menaje de Jorge Lyon se tasaban en \$ 3.387,35, y que esta cantidad era casi idéntica al valor de los que poseía Samuel Oxley en 1873<sup>98</sup>. Agreguemos que los del rico comerciante español Juan Bayolo importaban alrededor de un mil pesos a mediados de siglo<sup>99</sup>, y los de Juan Brown —un norteamericano que había hecho una fortuna considerable en la construcción— alrededor de seis mil en 1854<sup>100</sup>. Estos valores, muy por debajo de los que pagaban otros miembros de la clase alta por sus menajes, reflejarían que Lyon, Oxley, Bayolo y Brown aspiraban a vivir bien y con comodidad, pero sin entrar en gastos que les parecían innecesarios o superfluos. La austeridad de los anteriores recuerda la de William Wheelwright, a quien se describía como “sobrio por temperamento, y (para) el que el lujo hubiese sido un tormento para sus hábitos simples de vida. Sus gastos en lujo consistían en hacer el bien de sus semejantes... (y) el que pudo tener palacios, no tuvo más casa propia que la especie de choza elegante, Gloucester Lodge, en el Parque del Regente de Londres...”<sup>101</sup>.

La conducta de Wheelwright podría corresponder al modo de vida protestante, cuyos pastores predicaban la austeridad y condenaban el lujo. Otro tanto podría decirse del que practicó Samuel Oxley, que también era protestante. Pero, en la medida que fue compartido por algunos católicos del mundo porteño, como Bayolo, Lyon y Brown, habría que convenir que más bien se trataba de una actitud generalizada, y no sólo propia del círculo protestante de Valparaíso. Sea lo que fuere, el hecho es que no pocos miem-

<sup>97</sup> Idem.

<sup>98</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>99</sup> AN, JV, legajo 101, pieza 22.

<sup>100</sup> Testamento de Juan Brown, en *El Mercurio*, 9 de enero de 1878.

<sup>101</sup> Alberdi, Juan Bautista, *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud*. Librería de Garnier hermanos. París, 1876, 304-5.

bros de la elite llevaron una vida austera, y que esto se tradujo en que sus casas fueran sencillas y con menajes que servían para poco más que satisfacer con comodidad las necesidades familiares.

Ese estilo de vida, sin embargo, pareciera comenzar a perder fuerza a mediados del siglo pasado. Hacia 1855, en efecto, José Tomás Ramos pagaba 24 mil pesos por un terreno frente a la plaza de la Aduana, en el que posteriormente —y después de aumentar su superficie adquiriendo un sitio vecino— construyó uno de los “palacios” de Valparaíso<sup>102</sup>. Hasta entonces había sido arrendatario de una casa digna, sin plantearse la posibilidad —no obstante tener sobradamente los medios— de vivir en una gran mansión. Agustín Edwards, por su parte, en 1870, desembolsaba 105 mil pesos para comprar un terreno de dimensiones espectaculares: 58,98 metros de frente (a dicha plaza) y 64,05 metros de fondo; sus lados —uno a la calle de la Victoria y otro a la de Chacabuco, eran 47,47 metros y 46,78 metros, respectivamente<sup>103</sup>. Poco tiempo después le encargaba a Eduardo Fehrman<sup>104</sup> la construcción de su impresionante mansión, descrita por los contemporáneos como de color verde oscuro, con pilares y motivos de arquitectura romana<sup>105</sup>, y que un observador extranjero calificó, sin exagerar, como un “inmenso palacio de estilo florentino...”<sup>106</sup>.

En la calle Condell 146 tenía su casa el matrimonio integrado por Matilde Bello Codecido y el comerciante y diplomático argentino Carlos Lamarca Coronel. Este, que era consejero del Banco Nacional de Chile y tenía negocios salitreros en Taltal<sup>107</sup>, le dio a su casa un “estilo pompeyano”, preocupándose él mismo de pintar los frescos. Se cuenta que “en el primer piso imitó la casa pompeyana de Pansa”, colocando en el mosaico de entrada la palabra *Salve*, como en Pompeya; y en otra habitación la frase *Cave Canem*, esto es, “cuidado con el perro”. El comedor era “palacial”, como lo narra un testigo que lo conoció a comienzos del siglo XX<sup>108</sup>.

El español José Cerveró<sup>109</sup>, por su parte, que era uno de los propietarios del Matadero de Valparaíso en 1873<sup>110</sup>, también poseía una mansión “de

<sup>102</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 216.

<sup>103</sup> *El Mercurio*, 28 de noviembre de 1870.

<sup>104</sup> Tornero, *Op. cit.*, 128.

<sup>105</sup> Calderón, Alfonso, *Memorial de Valparaíso*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1986, 369.

<sup>106</sup> Wiener, Charles, *Chili et chiliens*. Librairie Leopold Cerf. París, 1888, 287.

<sup>107</sup> *El Mercurio*, 22 de diciembre de 1855 y Figueroa, *Op. cit.* Tomo III, 625.

<sup>108</sup> Edwards Bello, Joaquín, *Memorias*. Leo Ediciones. Santiago, 1983, 93.

<sup>109</sup> Se nacionaliza chileno en 1866, después del bombardeo de Valparaíso, en AN, MV, vol. 10, sesión de 24 de julio de 1866.

<sup>110</sup> AN, MV, vol. 15, sesión de 19 de diciembre de 1873.

gran costo". Su constructor había sido Juan Brown<sup>111</sup>. El rico empresario boliviano Mariano Dorado, a su vez, vivía hacia 1870 en una residencia que colindaba con la iglesia de los padres franceses. Por una descripción sabemos que su estilo era inglés, "con rejas de hierro delante de un pequeño jardín que daba a la calle; a continuación, podían observarse unas gradas de mármol hasta el porche y la puerta principal, que daba a un hall espacioso y alrededor las salas de recepción y el comedor. De un lado, cerca del comedor se encontraba la escalera espaciosa de madera para subir al primer piso, y allí había una reja de madera alrededor, pudiéndose ver el hall y alrededor se encontraban las habitaciones...; de un lado, las dependencias y del otro la casa de altos que habitaba mi padre con su familia con entrada independiente desde la calle..."<sup>112</sup>.

Con seguridad que en las mansiones de Lamarca, Cerveró, Dorado, Ramos y Edwards los muebles y el menaje característico de las casas de mediados de siglo fueron reemplazados por otros de mucho más valor. Los miembros de la clase alta que comenzaron a viajar a Europa aprovechaban la ocasión para comprar cuadros, adornos, vajilla o lo que fuera en los países que visitaban. Bernardo Yrarrázaval, casado con Margarita Ramos Larrea y director gerente de la Sociedad Paquete de Los Vilos<sup>113</sup>, y Juan Brown<sup>114</sup>, entre otros, declaraban haber traído finos objetos de Europa. Claro está que muchos artículos extranjeros también podían adquirirse en las tiendas de Valparaíso. La casa de remates de Jorge Garland y la tienda de Kirsinger y Cía., por ejemplo, ofrecían cuadros y grabados principalmente ingleses<sup>115</sup>. La primera, así mismo, anunciaba la venta de mármoles, alabastros, ágatas, madonas, maceteros, estatuas, floreros, candelabros, grandes jarrones, fruteros y frutas artificiales, todo lo cual serviría —decía el aviso publicado en *El Mercurio*— para "ornato de salones, comedores, aposentos, capillas y jardines..."<sup>116</sup>.

Sin ninguna duda que esos elementos correspondían a los nuevos gustos estéticos de la elite, los cuales impulsaban a sus miembros a convertir sus casas en lugares llenos de objetos, casi nunca del mismo estilo y que, a la distancia, daban la impresión de una suerte de gran "tienda de

<sup>111</sup> Soto Rojas, *Op. cit.*, 88.

<sup>112</sup> Elena Dorado Uriburu (manuscrito).

<sup>113</sup> *El Mercurio*, 2 de diciembre de 1869 y 2 de mayo de 1873 y *The Chilian Times*, 25 de noviembre de 1876.

<sup>114</sup> *The Chilian Times*, 25 de noviembre de 1876.

<sup>115</sup> *El Mercurio*, 22 de junio y 11 de octubre de 1873, 28 de septiembre de 1876, y 15 y 16 de febrero de 1877.

<sup>116</sup> *El Mercurio*, 16 de febrero de 1877.

antigüedades"<sup>117</sup>. Pero también hay que reconocer que esa nueva tendencia representaba su deseo por tener más y mejores cosas. El rico constructor norteamericano Juan Brown, por ejemplo, que en 1876 regresaba de un viaje por Europa, trajo consigo un servicio de plata inglés que costaba alrededor de tres mil quinientos pesos<sup>118</sup>. No deja de impresionar que tan sólo un objeto costase tres veces más que todos los muebles y el menaje que poseía Juan Bayolo a mediados de siglo<sup>119</sup>; prácticamente lo mismo que los que tenían Samuel Oxley y Jorge Lyon algunos años antes, y representase cerca de la mitad de los que declaraba el mismo Brown en 1854<sup>120</sup>.

A modo de sugerencia, que sería preciso investigar más profundamente, diríamos que ese servicio de plata —y, desde luego, la construcción de casas cada vez más lujosas— expresaría el deseo de marcar diferencias a través de las cosas que se poseían. Una actitud que, con todos los matices que se quieran, no parece tan fuerte en las primeras décadas del siglo pasado, y que podría significar que algunos miembros de la clase alta porteña comenzaban a adoptar un estilo de vida caracterizado por una cierta ostentación, casi indispensable para quienes estimaban que el éxito económico era sinónimo de prestigio social. Una postura, si se quiere, más bien burguesa, y no muy distinta a la que practicaban la elite de Santiago y las clases altas europeas. ¿Qué movió a parte de la elite porteña a tratar de vivir como los anteriores? ¿Parecerse a sectores sociales a los que admiraban y a los que consideraban expresión máxima de los prestigios sociales de la época?

## II. NOVIAZGOS Y MATRIMONIOS

En la etapa que cubre este estudio, los jóvenes que pretendían casarse no podían adoptar esa decisión sin contemplar una serie de consideraciones sociales y familiares. Su voluntad matrimonial, en suma, quedaba en cierto modo limitada, como bien puede apreciarse al describir sus noviazgos y la intervención que en los mismos tenían sus padres.

---

<sup>117</sup> La expresión la emplea Roger-Henri Guerrand, *Espacios privados*, en *Historia de la vida privada*, tomo 8. Taurus. Madrid, 1989, 37 al describir la decoración de la casa burguesa europea de las últimas décadas del siglo XIX.

<sup>118</sup> *The Chilean Times*, 25 de noviembre de 1876.

<sup>119</sup> AN, JV, legajo 101, pieza 22.

<sup>120</sup> Testamento de Juan Brown, en *El Mercurio*, 9 de enero de 1878.

## II.1. *Noviazgos*

La función que cumplían los padres en las decisiones matrimoniales de los hijos queda de manifiesto en el caso del noviazgo entre la boliviana Elena Dorado y el argentino Alberto Perú. Este último había sido enviado por su padre a estudiar a Valparaíso. En ese puerto se relacionó con Joaquín Dorado y Benita Uriburu, “íntimos amigos de sus padres” y a quienes conocía desde tiempo antes, y con Elena, hija mayor de aquellos. Cuenta esta última que cuando cumplió quince años, Alberto, que entonces era abogado, le “habló de sus proyectos futuros,...expresándole que esperaba que... lo aceptara, (y que estaba) decidido ya a conversar con mamá sobre su cariño hacia mí...”<sup>121</sup>.

Elena agrega que Alberto “tuvo una larga conversación con mi madre... (y) que ella le dijo que no debía perturbarme en mis estudios; que era muy prematuro pensar por el momento nada serio al respecto, por lo joven que yo era. Que si al andar del tiempo persistía en su propósito, y en esos sentimientos, sería el momento de considerarlo, y aprobarlo si estábamos los dos de acuerdo...”<sup>122</sup>. Posteriormente, y cuando tanto las familias de Elena y Alberto vivían en París, Joaquín, el padre de Elena, ante la insistencia de Alberto, le manifestó la conveniencia de que aquella debía “salir en sociedad antes de contraer ningún compromiso formal”. Cumplida esa etapa, le colocó una nueva condición para aceptarlo como novio: que se trasladara a Buenos Aires a ejercer su profesión o “cualquier otro trabajo”. Alberto partió a esa ciudad y a los seis meses regresó a París, después que con su trabajo demostró que era capaz “de hacerme feliz y formar una familia...”<sup>123</sup>.

¿De dónde nacía la influencia de los padres en los matrimonios de sus hijos? Ese poder derivaría, en primer lugar, del hecho de que entonces “las relaciones de los padres eran también (las) de los hijos...”<sup>124</sup>. De ahí que estos se movieran en un círculo de amistades más bien estrecho, integrado básicamente por parientes –hermanas y hermanos, y primos y primas, en particular– y por los hijos de los amigos de sus padres. Era muy raro que los hijos introdujeran amistades y lo normal que compartieran su niñez, adolescencia o juventud con familiares o con las amistades que provenían del círculo de sus progenitores. Sabemos por ejemplo que Benita Uriburu de Dorado era (respecto a sus hijas) “muy exigente en cuestión de amigas;

---

<sup>121</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

<sup>122</sup> *Idem.*

<sup>123</sup> *Idem.*

<sup>124</sup> *Idem.*

(que) encontraba que las mejores eran las propias hermanas, cuando se componía de una familia numerosa; así que —cuenta su hija Elena— nos divertíamos entre nosotras; teníamos unas cuantas amigas, pero no demasiado íntimas...”<sup>125</sup>. El control de las amistades, por darle un nombre, resultaba un mecanismo adecuado para saber quién traspasaba las puertas del hogar, y para apreciar quién podía reunir las condiciones para pretender convertirse en futuro yerno. En todo caso, no se puede olvidar que entre los parientes también era factible —y a veces deseable— encontrar un posible marido.

Teniendo en cuenta lo apuntado, no debe llamar la atención que la endogamia y la homogamia fueran las tendencias matrimoniales más frecuentes en la clase alta porteña; esto es, que los enlaces se concertaran entre parientes o gente parecida, semejante o similar, tal como ocurría entonces en los ambientes burgueses del mundo europeo<sup>126</sup>. Entre los primeros se repiten los casamientos entre tíos y sobrinas o entre primos y primas. Da la impresión que un matrimonio de esa naturaleza perseguía como finalidad fortalecer la familia, sobre todo cuando alguno de los cónyuges (o los dos) aportaba recursos que se consideraba conveniente mantener en el núcleo familiar. Esa función del matrimonio, poco burguesa, si se quiere, quedó de manifiesto en el que unió a José Tomás Ramos y Juana Rosa Ramos, su sobrina. Antonio Joaquín Ramos, padre de la novia, justificaba ese enlace con el argumento de que serviría para “que los vínculos de familia no sufrieran menoscabo, y (para que) la solidaridad de intereses tuviera relaciones más estrechas...”<sup>127</sup>. Y no dejaba de tener razón porque José Tomás, el novio, era su hermano, y, al igual que Antonio Joaquín, había amasado una fortuna considerable en el mundo de los negocios<sup>128</sup>. En estas condiciones, la boda posibilitaría que los bienes reunidos por los hermanos no se dispersaran del todo, además de fortalecer la solidaridad familiar entre sus miembros más importantes. Otros matrimonios entre parientes corresponden al de José Cerveró Moxó con Mercedes Larraín Moxó, su prima; y al de Agustín Edwards Ossandón y Juana Ross Ossandón, su sobrina. Pero, y a diferencia del de Ramos, no supusieron uniones entre dos ramas ricas de la misma familia. En el primer caso la fortuna la aportaba la familia Larraín Moxó, y en el segundo Agustín Edwards Ossandón.

La homogamia matrimonial cobró fuerza en la medida que el círculo de amistades y relaciones de los padres fue la gran fuente para que las hijas

---

<sup>125</sup> Idem.

<sup>126</sup> Perrot, *Op. cit.*, 141.

<sup>127</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 66.

<sup>128</sup> Idem, 199 y ss.

encontraran posibles novios. La amistad entre los Dorado y los Peró, como se vio, dio pábulo para que Elena y Alberto se conocieran, se quisieran y finalmente se casaran<sup>129</sup>. Las relaciones entre ambas familias eran las normales que existían entre las familias distinguidas de un lugar, y las mismas habían posibilitado, primero, la amistad entre dichos jóvenes y, luego, el enlace indicado. La clase alta porteña, sin embargo, se mostró dispuesta en ciertas circunstancias a incrementar su círculo de relaciones. A ampliar sus amistades, en otras palabras. Las vías que escogió fueron varias. Pero una de las que más se repite dice relación con la incorporación a su mundo familiar de extranjeros que llegaban a Valparaíso, y que contaban –o parecían contar– con los prestigios y valores que la dicho sector social propugnaba. Cuenta Max Radiguet que la “presentación de un extranjero, en una familia de Valparaíso, no ofrecía ninguna dificultad;... recibía casi siempre una amable y agradable acogida, y llegaba luego a la intimidad... esas primitivas virtudes, que hacen tan agradable la estada de los extranjeros en Valparaíso, se conservarán largo tiempo en el corazón de los chilenos, porque las practican sin la menor dificultad...”<sup>130</sup>. ¿Qué movía a actuar de esa forma? ¿Abrir las puertas a futuros yernos o brindar hospitalidad a ciertos extranjeros que prestigiaban con su presencia al hogar porteño que visitaban?

Sea lo que fuere, el hecho es que los extranjeros recibían invitaciones para ir a las casas del alto mundo social. En esas oportunidades tenían ocasión para conocer a las muchachas que formaban parte de la familia, e iniciar relaciones que podían culminar en noviazgos y matrimonios. El doctor alemán Aquinas Reid, por ejemplo, que arribó a Valparaíso con la marina de guerra inglesa, fue invitado a Limache por Joshua Waddington. Allí le presentó a Catalina Canciani, sintiéndose de inmediato atraído por ella; el interés fue mutuo, por lo que después de las autorizaciones pertinentes decidieron contraer matrimonio e instalar su casa en Valparaíso<sup>131</sup>.

Los grandes mercaderes, por su parte, solían aumentar el círculo de sus relaciones incorporando a su grupo familiar a algunos de los empleados que trabajaban en su firma. En su mayoría, estos últimos eran jóvenes extranjeros que habían llegado a Valparaíso atraídos por la posibilidad de hacer fortuna en el mundo de los negocios. El ingreso de los anteriores a una casa comercial daba pábulo para que surgiera una relación de afecto con el propietario, la que se fortalecía cuando este llevaba al dependiente a vivir con su familia, o comenzaba a invitarlo a su casa para compartir algunas horas

---

<sup>129</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

<sup>130</sup> Radiguet, *Op. cit.*, 127.

<sup>131</sup> Howe, Bea, *Child in Chile*. Andre Deutsch Limited. London, 83

de descanso o recreación<sup>132</sup>. Sea como fuere, el joven que se introducía al círculo familiar de su patrón tendría la ocasión de conocer a las hijas de aquel y, si se daban las condiciones, convertirse en posible marido de alguna de ellas. Juan Agustín Vives, por ejemplo, propietario en la década de 1840 de una firma<sup>133</sup> dedicada a la venta de artículos de mercaderías, loza y cristales, y a la compra y venta de "toda clase de mercaderías"<sup>134</sup>, incorporó como empleado al inglés Jorge Rose Innes. A mediados de siglo, Vives era un hombre próspero, con inversiones en tierras, bancos, seguros y ferrocarriles<sup>135</sup>. En 1853 su hija Lastenia se casaba con Rose Innes, el dependiente que con seguridad conoció después que fuera invitado por su padre al hogar.

El caso del alemán Adolfo Fernando Flindt es semejante al de Rose Innes. A mediados de 1830 era contador en la empresa de Antonio Canciani; este, un próspero armador, solía invitarlo a su hogar para conversar, jugar dominó y ajedrez. Las visitas posibilitaron que conociera a María Teresa, una de las dos sobrinas que vivían con aquel; que se enamorara de ella y que decidiera casarse después de obtener el consentimiento de su patrón<sup>136</sup>.

Los padres, además de proporcionar el círculo de amistades en el que sus hijas encontrarían posibles pretendientes, ejercían una cierta intervención en las decisiones matrimoniales de aquellas. El grado de la misma no es fácil de precisar. Pero habría que decir que siempre tratarían de presionar para que el casamiento correspondiera a lo que ellos deseaban y creían conveniente. A modo de aproximación al punto, digamos que para los padres el novio ideal era aquel que encarnaba valores tales como el espíritu de trabajo, esfuerzo y tesón, poseía (en lo posible) una situación económica formada, era un hombre educado y guiaba su vida de acuerdo a una serie de principios éticos que detallaremos más adelante. Quien poseyera esas condiciones tendría la posibilidad de convertirse en pretendiente oficial, sin que a los padres les complicaran demasiado las creencias religiosas, nacionalidad o condición social de aquel. Esta actitud, muy propia de un mundo que tenía menos tradición social colonial que la que se aprecia en otras ciudades del país, y en el cual campeaban los extranjeros, explica un cierto número de

<sup>132</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 84 y ss.

<sup>133</sup> Antes de dedicarse a los negocios, Vives había sido gobernador de Valparaíso en 1835 y 1836; al año siguiente es designado intendente de Chiloé. Posteriormente, se desempeñó en el puerto como magistrado y funcionario público, ingresando al comercio en la década siguiente, en AN, MV, vol. 8, sesión de 14 de septiembre de 1859; *El Mercurio*, 1º de abril de 1861 y Figueroa, *Op. cit.*, 1.075.

<sup>134</sup> *El Mercurio*, 4 de enero de 1847.

<sup>135</sup> AN, NV, v. 229, f. 468 y 469 vta.

<sup>136</sup> Howe, *Op. cit.*, 80.

enlaces entre católicas y protestantes, chilenas y extranjeros, jóvenes ricas y hombres sin grandes medios, y muchachas de familias importantes pero pobres, y jóvenes con medios económicos pero de menor condición social. Una mezcla de alternativas matrimoniales muy difícil de imaginar en otras ciudades de Chile, donde da la impresión que la religión o la categoría social del novio eran tomadas más en cuenta por los padres a la hora de decidir sobre los enlaces de sus hijos.

Los ingleses Roberto Forbes Budge, Roberto Simpson y Ricardo Price<sup>137</sup>, y el alemán Adolfo Fernando Flindt<sup>138</sup>, entre otros, eran protestantes, y, sin embargo, se casaron con las chilenas católicas Mercedes Prats y Urizar, Mercedes Baeza<sup>139</sup> y Josefa Claro y Salazar<sup>140</sup>, y con la italiana de la misma religión María Teresa Canciani, respectivamente. Es muy probable que sus futuros suegros no vieran con agrado esos enlaces. Pero lo interesante es que finalmente no opusieron resistencia. Las familias protestantes, por su parte, tampoco miraban con alegría el matrimonio de alguno de sus miembros con una católica. Claro está que no podían oponerse al mismo, toda vez que el novio casi siempre tomaba la decisión de casarse sin consultar a sus padres que vivían en el extranjero. Cuando estos se enteraban no tenían mucho que hacer. A lo más podrían representarle al hijo ausente su disgusto, y manifestarle que una católica de un país lejano no correspondía al ideal de nuera que cabía esperar. La familia de Ricardo Price, por ejemplo, criticó su boda en Chile. Con todo, terminó por aceptar su casamiento, con la esperanza de que cuando Ricardo enviara a su hijo mayor a estudiar a Inglaterra sus parientes ingleses lo alejarían de los errores en que había sido formado por la madre católica<sup>141</sup>.

No cabe duda que los padres chilenos deseaban que sus hijas se casaran con hombres con una cierta situación<sup>142</sup>. Los pretendientes, por su parte, procuraban contraer matrimonio después de haber reunido el capital que les parecía suficiente para sostener un tren de vida digno. El punto está en determinar qué cantidad estimaban los anteriores necesaria para dar el paso

---

<sup>137</sup> Figueroa, *Op. cit.* Tomo III, p. 693, AN, Notarial Santiago (NS, en adelante), v. 84, f. 77 y 78, y *El Mercurio*, 25 de diciembre de 1877.

<sup>138</sup> Howe, *Op. cit.*, 80.

<sup>139</sup> Testamento de Roberto Simpson, en AN, NV, v. 209, f. 699 y 700. En segunda nupcias, el contralmirante Simpson casó con Catalina Searle.

<sup>140</sup> Coe Lyon, José Luis, "Familias extranjeras en Valparaíso en el siglo XIX", en *Revista de Estudios Históricos*, N° 15, 1968-1969, 70.

<sup>141</sup> Sharples Baldwin, Alice, *the Price Family. Pioneers of the Saguenay*. Canadá, 1978, 28 y 29.

<sup>142</sup> Lo afirma Agustín Edwards MacClure, *La educación bajo el prisma británico*. Imprenta Universo. Valparaíso, 1940, citado por Venezian, *Op. cit.*, 94.

que los convertiría en esposos y cabezas de familias. Los testamentos de algunas figuras de la elite permiten saber que Jorge Lyon, cuando se casó con Carmen Santa María en 1830, tenía 17 mil pesos<sup>143</sup>. El inglés Eduardo Loring, que contrajo matrimonio con Tomasa León, tenía 30 mil pesos<sup>144</sup>. El norteamericano Juan Brown, por su parte, que casó en 1845 con Isabel Caces, había reunido hasta entonces alrededor de 50 mil pesos<sup>145</sup>. Francisco Peña, que se casó ese mismo año con Ana Warnes, poseía el mismo capital<sup>146</sup>. El danés Nicolás Christian Schüth, cuando contrajo matrimonio con Lastenia Pradel, declaraba esa misma suma<sup>147</sup>. El constructor norteamericano Juan Atkinson, por su parte, se casó con un capital de 125 mil pesos<sup>148</sup>. José Tomás Ramos, a su vez, dio ese paso después de haber ganado 250 mil pesos<sup>149</sup>, y Agustín Edwards Ossandón después de reunir nada menos que un millón de pesos<sup>150</sup>.

A primera vista se podría sugerir que un hombre de negocios, en la década de 1840, estimaba necesario contar con un capital de alrededor de 40 mil pesos antes de contraer matrimonio. Una suma que se consideraba suficiente para enfrentar los riesgos propios de la vida familiar, y cuya significación se entiende si se recuerda que se requerían alrededor de 24 mil pesos para instalar una casa comercial en Valparaíso<sup>151</sup>, y que ese capital se estimaba en la época una verdadera fortuna, más que suficiente —según Vicente Pérez Rosales— para “obtener la mano de una codiciada compañera...”<sup>152</sup>.

Con todo, hubo comerciantes, hombres de negocios y profesionales que no hicieron mayores aportes económicos al matrimonio, corriendo los mismos, en algunos casos, por cuenta de la futura esposa. José Cerveró, por ejemplo, que casó en 1835, aportó tan sólo un mil 500 pesos, y su esposa una dote que alcanzó nada menos que a los 75 mil 046 pesos, además de otros bienes<sup>153</sup>. Más equilibrado resultó el enlace que, en 1859, celebraron el alemán Gustavo Adolfo Hôrmann y la boliviana Ismenia Soruco y Roverano. Aquel, en efecto, llegó a la boda con 17 mil pesos, y su esposa

<sup>143</sup> Testamento de Jorge Lyon, en AN, JV, legajo 870, pieza 16.

<sup>144</sup> AN, NV, v. 208, s/f.

<sup>145</sup> Testamento de Juan Brown, en *El Mercurio*, 9 de enero de 1878.

<sup>146</sup> Testamento de Francisco Peña, en AN, NV, v. 125, f. 969-970.

<sup>147</sup> Testamento de Nicolás Christian Schüth, en AN, NV, v. 89, f. 378 vta. y 381. Dicha suma declaraba como capital en 1851, poco tiempo antes de contraer matrimonio.

<sup>148</sup> AN, NV, v. 163, f. 95.

<sup>149</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 199.

<sup>150</sup> *El Mercurio*, 10 de enero de 1878.

<sup>151</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 49-52.

<sup>152</sup> Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado*. Editorial Iberia. Barcelona, 1962, p. 267.

<sup>153</sup> AN, NV, v. 155, f. 65.

con una dote de diez mil. A la muerte de Pascual, el padre de Ismenia, esta recibió como herencia 43.849 pesos, y 5.063 cuando falleció Mercedes Roverano, su madre<sup>154</sup>. Pablo Délano, por su parte, cuando se casó en 1826 con Teresa Edwards Ossandón, declaraba que ni "yo ni mi esposa aportamos capital alguno..."<sup>155</sup>. Prácticamente la misma situación se presentó en el enlace entre Jorge Rose-Innes y Lastenia Vives<sup>156</sup>. El inglés Guillermo Wicks, a su vez, director gerente del Banco Nacional de Chile en 1868, tenía sólo tres mil pesos cuando casó con Mercedes Latorre, su primera mujer<sup>157</sup>. José Luis Borgoño parece un hombre sin grandes medios cuando contrajo matrimonio con la española Margarita Maroto<sup>158</sup>, y el peruano Blas Cuevas, por último, era un hombre pobre cuando se casó con María Mateus<sup>159</sup>.

En los casos indicados, los padres no hacían cuestión respecto al aporte económico del novio. Les bastaban sus condiciones morales, espíritu de trabajo, responsabilidad y educación. Hasta donde era posible prever, esas cualidades de los yernos les asegurarían a las hijas maridos capaces de sostener un hogar, y con la prudencia necesaria para hacer buen uso del capital que se esperaba que reunieran. El dinero, en suma, no parece una condición que los padres exigieran absolutamente a los novios. El ideal era que lo poseyeran. Pero si no lo tenían, y eran hombres de trabajo, y con las condiciones apuntadas, se les daría el consentimiento y se confiaría en que, a la larga, alcanzarían un aceptable bienestar. Así lo expresaba Manuel Carvallo, el padre de Henriqueta Carvallo, cuando apuntaba, en 1866, que Juan de Dios Merino, su futuro yerno, aunque no tenía grandes medios, sobresalía por ser "un talentoso joven, honorabilísimo desde todo punto de vista; (y) laborioso como abeja..."<sup>160</sup>. Annie Judson Miller de la Force, por su parte, la esposa de Manuel Carvallo, manifestaba el mismo punto de vista al describir a aquel como un "joven fino, serio, tierno, amable y duro para el

<sup>154</sup> AN, NV, v. 302, f. 856-860.

<sup>155</sup> Testamento de Pablo Délano, en AN, NV, v. 228, f. 450 y ss.

<sup>156</sup> Rose-Innes aportó al matrimonio "una pequeña suma de dinero" y su esposa prácticamente nada. Algunos años después, esta última recibía una herencia que le permitía aportar una suma algo superior a la que tenía su marido al momento de casarse, en *El Mercurio*, 23 de julio de 1886.

<sup>157</sup> Testamento de Guillermo Wicks, en AN, NV, v. 367, f. 993-995. En 1868 ocupaba el cargo de gerente del Banco Nacional de Chile, en *El Mercurio del Vapor*, 16 de julio de 1868; en su testamento, redactado en 1897, declaraba un fundo en Quillota (hipotecado) y una póliza de seguro por £ 1.000.

<sup>158</sup> Figueroa, *Op. cit.* Tomo II, 236 y 237.

<sup>159</sup> *El Mercurio*, 27 de febrero de 1871.

<sup>160</sup> Carta de Manuel Carvallo a en poder de la señora Causten, Londres, 1º de diciembre de 1866, en poder de la señora James.

trabajo, cualidades que valorizo mil veces más que el dinero y las que constituyen por sí mismas una tangible fortuna..."<sup>161</sup>.

En todo caso, y si se acepta que el dinero cobró cada vez más importancia en el mundo porteño, como queda de manifiesto al observar la significación que adquirió para parte de la clase alta la gran mansión y el costoso menaje, habría que admitir que la antigua consideración que se tenía al hombre trabajador —y sin medios— habría tendido a perder significación, al menos entre quienes se sentían cada vez más a gusto viviendo en el lujo y la ostentación.

¿A qué edad se casaban los hombres? En realidad, no parece existir una norma sobre el particular. Los datos reunidos posibilitan establecer que Jorge Lyon contrajo matrimonio a los veintisiete<sup>162</sup>. Gustavo Adolfo Hörmann, Francisco Peña, Juan Brown y Nicolás Christian Schüth lo hicieron a los treinta y tres<sup>163</sup>; Guillermo Wicks a los treinta y cinco, Agustín Edwards a los treinta y seis<sup>164</sup>, y José Tomás Ramos nada menos que cuando había cumplido los cuarenta y cinco años de edad<sup>165</sup>. Pablo Délano, que se casó a los veinte años por primera vez, parece un caso bastante excepcional<sup>166</sup>. Sin pretender generalizar, porque dicha muestra es más bien pequeña, podría sugerirse que los hombres de la elite se casaban con edades cercanas o superiores a los treinta años<sup>167</sup>. Esa edad coincidiría, en primer lugar, con la que se estimaba necesaria para tener la madurez y experiencia que se consideraban indispensables para enfrentar con éxito la vida matrimonial y, en segundo término, correspondería a la que aproximadamente se requie-

<sup>161</sup> Carta de Annie Miller de la Force a Manuel Carvallo, Bruselas, s/f, en Benjamín Merino Carvallo, Henriqueta Carvallo de Merino Benavente, 1946 (inédito), 64. La primera esposa, Mary Elisabeth Causten, madre de Henriqueta, había fallecido en 1851. Dos años después se casaba con aquella, madrastra de Henriqueta al momento en que esta contrajo matrimonio.

<sup>162</sup> Testamento de Jorge Lyon, en AN, JV, legajo 870, pieza 15 y 16.

<sup>163</sup> Testamento de Gustavo Adolfo Hörmann, en AN, NV, v. 302, f. 856-860; testamento de Francisco Peña, en AN, NV, v. 125, f. 969-970; testamento de Juan Brown, en *El Mercurio*, 9 de enero de 1878; testamento de Nicolás Christian Schüth, en AN, NV, v. 89, f. 378 vta.-381.

<sup>164</sup> *El Mercurio*, 10 de enero de 1878.

<sup>165</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 66.

<sup>166</sup> Testamento de Pablo Délano, en AN, NV, v. 228, f. 450 y ss.

<sup>167</sup> Salinas Meza, René, en *Nupcialidad, familia y funcionamiento del mercado matrimonial en Valparaíso durante el sigl XIX, en Valparaíso 1536-1986*. Instituto de Historia. Universidad Católica de Valparaíso, 1987, 80, sostiene, con una muestra bastante más amplia, que abarca un mundo social más diverso y un período de tiempo más largo, que la edad promedio del primer matrimonio era de 23,2 años para las novias, y 26,8 años para los novios. Eduardo Cavieres y René Salinas, en *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional*. Instituto de Historia. Universidad Católica de Valparaíso, 1991, 56, sostienen que "a mediados del siglo XIX la edad al matrimonio en el caso de Valparaíso..." era 25,30 para las mujeres y 28,28 para los hombres.

ría para reunir los alrededor de 40 mil pesos que algunos se colocaban como meta antes de comenzar a buscar la mujer que les permitiera formar una familia<sup>168</sup>.

Las mujeres, por su parte, se casaban jóvenes. Juana Olmos de Aguilera y Orrego, esposa de Juan Stuvén, lo hizo de tan sólo de quince años, María Teresa Canciani de diecisiete, Teresa Edwards Ossandón a los dieciocho<sup>169</sup>, Carmen Santa María, esposa de Jorge Lyon, de veinte<sup>170</sup> y Juana Rosa Ramos de veintiún años de edad. En general, podría decirse que la mujer contraía matrimonio siendo muy joven. Así, la esposa estaría en condiciones de alargar lo más posible su fecundidad, en el entendido de que esta se cerraba cerca de los cuarenta años, y que se le morirían irremediamente una cierta cantidad de los hijos que engendrara.

Es muy probable que el novio que le gustaba a los padres fuera el que finalmente las hijas eligieran como pretendiente y marido. Con excepciones, desde luego. Porque las hijas no siempre se mostraban dispuestas a aceptar la lógica matrimonial de sus padres. Un verdadero drama fue para José Luis Borgoño y Margarita Maroto que Antonia, su hija mayor, se casara en 1869 con Germán MacKay, un actor dramático al que la alta sociedad de la época llamaba –con marcado desdén– “cómico”<sup>171</sup>. Dicha figura dominaba la escena chilena desde fines de la década de 1850 y comienzos de la siguiente<sup>172</sup>, y no cabe duda que su tipo físico despertaba la admiración de las mujeres que lo veían en el escenario. Pero esas cualidades –muy propias de un primer actor– no eran suficientes para que los padres de Antonia lo aceptaran como yerno. Ellos aspiraban a que su hija se casara con un joven del mundo de la elite e hicieron todo lo que estaba de su parte para evitar un matrimonio que estaba, por decir lo menos, muy lejos de sus ideales sociales. Pero Antonia no los escuchó, porque para ella el amor estaba por encima del hecho de que su futuro marido no correspondiera al prototipo de hombre al que debía aspirar una mujer que, como ella, pertenecía a la alta sociedad de Valparaíso. Su historia no dejó a nadie indiferente. Su familia se sintió profundamente conmovida, y Margarita, su madre, partió de viaje a España

<sup>168</sup> Es muy difícil formular una afirmación tajante sobre el particular. Ramos, con cerca de treinta años, tuvo alrededor de 50 mil pesos, en Vargas Cariola, *Op. cit.*, 199. El comerciante Francisco Peña, por su parte, es un caso similar, en Vargas Cariola, *Op. cit.*, 52, y testamento de Francisco Peña, en AN, NV, v. 125, f. 969-970.

<sup>169</sup> Edwards Bello, *Op. cit.*, 34.

<sup>170</sup> Testamento de Jorge Lyon, en AN, JV, legajo 870, pieza 15 y 16.

<sup>171</sup> Barros de Orrego, Martina, *Recuerdos de mi vida*. Ediciones Orbe. Santiago, 1942, 118.

<sup>172</sup> Pereira Salas, Eugenio, *Historia del teatro en Chile*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago, 1974, 355.

a mitigar su dolor<sup>173</sup>. Algunos santiaguinos que conocieron los pormenores del drama lanzaron ácidas críticas a la conducta de Antonia<sup>174</sup>. Un pequeño grupo, sin embargo, integrado principalmente por muchachas jóvenes de Valparaíso, no censuró su decisión<sup>175</sup>. La sensibilidad romántica de las anteriores las hacía sentirse muy cerca de Antonia, puesto que había luchado contra viento y marea por el amor, un sentimiento que para muchas, al menos en teoría, debía estar por encima de cualquier otra consideración.

María Amelia Brown, de veintitrés años, tampoco tuvo en cuenta la opinión de sus padres respecto a su novio. Estos, por razones que parecen ser de carácter religioso, se oponían a su matrimonio. María Amelia, sin embargo, no se sintió atada a lo que le decían aquellos, y recurrió a los tribunales a fin de obtener el consentimiento judicial correspondiente<sup>176</sup>. En su exposición señalaba "que deseo unirme en matrimonio con Dn. José Rafael Brunet; pero no pudiéndolo hacer sin el consentimiento de mi Sr. padre Dn. Juan Brown y habiéndose este negado, me hallo en el caso de hacer valer los derechos que me concede el artículo 112 del Código Civil..."<sup>177</sup>. A continuación, le pedía al juez "que oyendo, ya sea verbalmente o por escrito... las razones que se funda el disenso de mi referido padre, se sirva V.S. calificarlo declarando si se halla o no en los casos fijados por el artículo 113 del mismo Código Civil y resultando no tener un fundamento legal y razonable suplir V.S. ese consentimiento... deseo (así mismo) evitar todo conflicto en mi casa y sobre todo poner a mis padres en la situación violenta en que los colocará un paso que doy con pesar por lo que les puede afligir; pero con el natural deseo de realizar una unión que para mí asegura mi felicidad futura; y en consecuencia suplico a V.S. se sirva designar la casa de respeto en que debo permanecer mientras V.S. califica la causa del disenso de mi padre..."<sup>178</sup>. Con acuerdo de este, María Amelia fue "depositada" en la casa que tenía David Trumbull en el cerro Alegre. Al poco tiempo, y después que su padre no se presentó al comparendo respectivo, obtuvo el consentimiento judicial para casarse con José Rafael Brunet, el hombre que a ella le parecía conveniente para asegurar su "felicidad futura..."<sup>179</sup>.

Para Antonia y María Amelia lo importante había sido el amor. Es muy posible que la actitud de ambas sea expresión de sus ideales románticos.

---

<sup>173</sup> Barros de Orrego, *Op. cit.*, 119.

<sup>174</sup> Cifuentes, Abdón, *Memorias*. Tomo I. Editorial Nascimento. Santiago, 1936, 221 y ss.

<sup>175</sup> Barros de Orrego, *Op. cit.*, 119 y ss.

<sup>176</sup> AN, JV, v. 129, pieza 13.

<sup>177</sup> *Idem*.

<sup>178</sup> *Idem*.

<sup>179</sup> *Idem*.

Estos —que tan fuertemente impregnaron al mundo femenino de mediados del siglo pasado— las impulsaban a creer y a buscar el amor, y a pasar por alto las diferencias sociales o la situación económica del novio. En suma, ambas se habían dejado guiar por los dictados del corazón, y no por las prudentes consideraciones que les hacían sus padres a fin de encontrarles el mejor partido posible. En la vida de Antonia y María Amelia, como en el final de no pocas novelas, óperas y obras de teatro de la época, el amor había vencido a sus enemigos<sup>180</sup>, en este caso los padres, las convenciones sociales y el “qué dirán”. En realidad, dichas figuras habían actuado con una fuerte dosis de individualismo, propio del espíritu romántico, y muy contrario a lo que se esperaba de miembros de una familia que, antes de tomar una determinación, estaban obligados a considerar si con la misma no dañaban el interés común del grupo familiar<sup>181</sup>.

Con todo, hay que tener en consideración que el amor también podía estar presente en los noviazgos oficialmente aceptados por los padres. No cabe duda que en un cierto número de matrimonios debe haber predominado una serie de consideraciones familiares, y no necesariamente el amor de los contrayentes. Sin ir más lejos, podría pensarse que el matrimonio de José Tomás Ramos con Juana Rosa, su joven sobrina, se atuvo más a una cierta lógica familiar —consolidar económicamente a un grupo— que a la atracción sentimental entre los contrayentes. Otros casos podrían encontrarse entre las mujeres que enviudaban, muchas de las cuales se volvían a casar más por necesidad de seguridad y protección que por amor. Así, María Teresa Canciani optó por contraer segundas nupcias después que, sin medios, quedó sola y a cargo de una familia numerosa que debía mantener y educar.

Pero en no pocos matrimonios —cuyo número tiende a aumentar a medida que transcurre el siglo— el amor jugó un papel significativo, al margen de que los padres vieran al yerno con las condiciones y los valores indispensables para formar una familia. Porque —como decía Henriqueta Carvalho— “es tan dulce sentirse querida...”<sup>182</sup> que no había nada —al menos para la juventud— comparable a los deleites de lo que entonces se entendía como amor. Pero, ¿qué debemos entender por amor? ¿Es, como decían las muchachas en la época, “una palabra vana, ... una necesidad de sufrir”<sup>183</sup> o era “ver todo

---

<sup>180</sup> Vargas Cariola, Juan Eduardo, “El Teatro de la Victoria: un espacio de sociabilidad en Valparaíso durante el siglo XIX (1844-1878)”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 106, 1996.

<sup>181</sup> También en Europa el individualismo conspiraba contra la existencia de una familia unida, ver al respecto Perrot, *Op. cit.*, 269.

<sup>182</sup> Carta de Henriqueta Carvalho a su padre Manuel Carvalho, Bruselas, 26 de agosto de 1866.

<sup>183</sup> Idem, 19 de julio de 1866.

entre velos de tul rosado...?”<sup>184</sup>. No hay duda que esas descripciones manifestaban lo que las jóvenes sentían cuando se enamoraban o cuando no eran correspondidas. Pero, yendo más lejos, hay que intentar examinar de qué manera entendían las jóvenes el amor o, más precisamente, procurar explicar por qué se enamoraban y qué factores eran determinantes para que se despertara el interés de una muchacha por un joven. La correspondencia de Henriqueta Carvalho con su padre y su abuelo materno, a propósito de su noviazgo con Juan de Dios Merino, nos permite introducirnos levemente en un terreno complejo, casi desconocido y sobre el que resulta muy difícil generalizar. En primer lugar, parece conveniente preguntarse qué importancia tenía la belleza, y si este era un factor determinante a la hora de elegir novia o novio. En el caso que nos ocupa podría afirmarse que dicha consideración estética desempeñaba un cierto papel, como se aprecia al observar que Henriqueta contaba a su abuelo que “mi novio tiene hermosa... cara...”. Así y todo, hay que tomar en consideración que en la misma carta le precisaba que esto tenía “importancia secundaria”, y que lo verdaderamente trascendente era que Juan de Dios era “muy inteligente, bondadoso, tierno, serio y amable...”<sup>185</sup>. Podría pensarse que las afirmaciones indicadas tenían como objeto agradar al abuelo, más preocupado por las condiciones morales e intelectuales que físicas del novio. La sinceridad de Henriqueta, sin embargo, queda en evidencia al comprobar que en una carta dirigida a su padre, respondiendo a ciertas observaciones de este último sobre su elección matrimonial, le insistiera “que cuando quiero realmente, y mi afección está basada en la estimación, en el mérito sólido de una persona, no cambio fácilmente y ni aun difícilmente...”<sup>186</sup>. El amor, en suma, al menos en el caso de aquella, parece que se forjó cuando comprobó, en una relación de amistad de casi dos años, que Juan de Dios poseía “mérito sólido”; esto es, inteligencia, bondad, ternura y seriedad, condiciones que para aquella tenían mucho más valor para construir un matrimonio estable –cuyo fundamento debía ser la amistad– que la belleza varonil de Juan de Dios.

## II.2. Casamiento y luna de miel

Concertado el matrimonio, y a medida que se acercaba la fecha prevista, los familiares y amigos cercanos solían enviar presentes a los novios. El

<sup>184</sup> Idem, 26 de agosto de 1866.

<sup>185</sup> Carta de Henriqueta Carvalho a James Causten, Londres, 1º de diciembre de 1866, en Merino Carvalho, *Op. cit.*, 61.

<sup>186</sup> Carta de Henriqueta Carvalho a Manuel Carvalho, Bruselas, 30 de agosto de 1867.

marido, por su parte, si contaba con medios, demostraría su cariño obsequiando joyas a su futura esposa. Gustavo Adolfo Hörmann, por ejemplo, regaló a Ismenia Soruco joyas por un valor cercano a los cuatro mil pesos, con motivo del matrimonio que contrajeron en 1859<sup>187</sup>.

Después de la ceremonia religiosa, los recién casados, junto a sus familias y amigos más cercanos, celebraban por lo general una fiesta. Arturo Lyon Santa María y María Teresa Sarratea se casaron en 1868 en la capilla de los Padres Franceses. Al término de la ceremonia, los invitados se dirigieron a la casa del novio "donde se sirvieron unas suntuosas once..."<sup>188</sup>, informaba *El Mercurio*. Andrew Wallace y Annie Inal, que se casaron en 1876, se dirigieron después de la ceremonia a la casa del señor Lambie, donde los invitados permanecieron hasta la madrugada<sup>189</sup>.

Terminada la fiesta, los esposos iniciaban su luna de miel. En Europa el viaje de bodas había comenzado a difundirse hacia 1830<sup>190</sup>, y perseguía como propósito "alejar del entorno familiar este episodio (la noche de bodas) demasiado fastidioso..."<sup>191</sup>. En Chile, lo normal parece que era vivir la luna de miel "en estricta soledad o retiro..." sin la presencia más o menos cercana de familiares o amigos<sup>192</sup>. María Teresa Canciani y Antonio Fernando Flindt partieron de viaje a Europa, después de contraer matrimonio en 1837. En uno de los barcos de Antonio Canciani la joven pareja se dirigió a Hamburgo; allí María Teresa conoció a sus suegros, iniciando posteriormente los esposos un viaje por las riberas del Rin que, entre otras cosas, les permitió disfrutar observando iglesias y ciudades históricas. Luego continuaron a Italia, donde Adolfo fue presentado a sus suegros, y María Teresa tuvo a su primer hijo. Algunos meses más tarde, los esposos comenzaban su retorno a Valparaíso, a donde arribaron alrededor de dos años después de su partida.

En un primoroso álbum, María Teresa guardó los dibujos y poemas que Adolfo Fernando realizó a lo largo de la luna de miel, y así conservó para siempre los recuerdos de una de las épocas más felices de su vida<sup>193</sup>. Otro tanto aconteció con Catalina Canciani y Aquinas Ried, que pasaron su luna

<sup>187</sup> Testamento de Gustavo Adolfo Hörmann, en AN, NV, v. 302, f. 856-860.

<sup>188</sup> *El Mercurio*, 16 de mayo de 1868.

<sup>189</sup> *The Chilian Times*, 29 de abril de 1876.

<sup>190</sup> Martin-Fugier, Anne, *Los ritos de la vida privada burguesa*, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Taurus. Madrid, 1989, 251.

<sup>191</sup> Alain Corbin y Michelle Perrot, "Entre bastidores", en *Historia de la vida privada*, tomo 8. Taurus. Madrid, 1989, 242.

<sup>192</sup> Lady of Ohio, *Op. cit.*, 83.

<sup>193</sup> Howe, *Op. cit.*, 80 y 81.

de miel en Bolivia<sup>194</sup>. Arturo Lyon, por su parte, pasó su luna de miel en El Salto<sup>195</sup>, donde las familias de la elite, al igual que en Las Zorras, Quillota y Viña del Mar, solían tener casas a las que se trasladaban sobre todo durante los meses de verano<sup>196</sup>.

Antonia Borgoño, la esposa del "cómico", inició su luna de miel en el vapor "El Aconcagua", que hacía la travesía del Estrecho de Magallanes con destino a los puertos del Atlántico y Europa. Quiso la casualidad que sus compañeros de viaje fueran, entre otros, los obispos chilenos que iban al Concilio Vaticano y Abdón Cifuentes. Cuenta este que no dejaba de impresionar a los pasajeros que "mientras todos iban tristes (por el drama de la novia), ella hacía gala de una alegría chocante, como si no dejara patria, familia, amigas, todo lo que se ama en este mundo... (y) que los sentimientos naturales estaban allí ahogados por los instintos..."<sup>197</sup>. O por el amor, como le hubiera respondido Antonia sin vacilar, justificando el paso que había dado para irse de Chile con el hombre al que amaba por encima de cualquier cosa.

### III. LOS ESPOSOS Y SUS DEBERES EN EL HOGAR

Finalizada la luna de miel, los esposos se instalaban en la casa que habían elegido para formar un hogar. Claro está que vivir juntos representaba una etapa muy distinta al noviazgo o a la misma luna de miel, en la que solían presentarse dificultades que, en mayor o menor grado, se originaban por problemas de adaptación del uno al otro, y que sólo el correr del tiempo conseguía aminorar.

Así queda de manifiesto en el caso de Henriqueta Carvallo. Cuando habían transcurrido dos meses de matrimonio, le escribió a su padre narrándole su estado de ánimo y lo que podríamos llamar sus primeros problemas de convivencia. Con gran sinceridad le expresaba que "me había puesto más tímida que nunca con mi maridito querido... no me atrevo a conversar ni juguetear como lo hacía con Ud. y sin embargo no es miedo ni respeto lo que me retiene. Agradecería sobremanera a Ud. y cualquiera otra persona que me

<sup>194</sup> Howe, *Op. cit.*, 83.

<sup>195</sup> *El Mercurio*, 16 de mayo de 1868.

<sup>196</sup> Entre otros, en Las Zorras tenían casas Bernardino Bravo, Toribio Rocuant, Francisco Chaboy, Carlos Watson, Nicolás Christian Schüth, Ricardo Escobar, Leonardo Dodds y Carlos Pini, en Tornero, *Op. cit.*, 214 y 215.

<sup>197</sup> Cifuentes, *Op. cit.* 224. Debo esta información al profesor Javier González Echenique.

respondiese clara y sencillamente a esta pregunta: ¿Qué tengo? Una nada me satisface, me contenta una nada, una nada me abate, no soy la antigua loca y al mismo tiempo estoy tan feliz que nada deseo. No me comprendo por más que me analizo. Sacúdame querido papá: haga lo que quiera, deme consejos..., pero despierte mi inteligencia, remueva mis ideas, vuélvame mi antigua locura, en una palabra ¡que yo sea la vieja Henriqueta!...”<sup>198</sup>. Dos días después, sin embargo, el período difícil, de acostumbrarse el uno al otro, comenzaba a perder fuerza, y Henriqueta le podía asegurar a su padre que las “cosas andan magníficamente... Lo ¡que le puedo decir es que nos hemos comprendido admirablemente... el uno necesita locuras, bromas, conversaciones sobre todo asunto, ilimitada confianza (de que yo carecía totalmente) y mucha alegría; la otra no necesita más que de las mismas caricias de costumbre: ambos tienen lo que desean... Somos gente muy fácil de contentar, nada ambiciosa, muy tranquila, en una palabra buena gente...”<sup>199</sup>.

Resueltos los primeros tropiezos, los esposos debían ser capaces de convertir al hogar en el “santuario de la felicidad”<sup>200</sup>. Una meta que los cónyuges sólo alcanzarían si cumplían las funciones que a cada uno le cabían en el mundo del hogar. ¿Y cuáles eran estas? No pocos publicistas que se ocuparon del tema de la familia afirmaron que en el hogar —el mundo privado de aquella— el padre debía ser la figura principal. Así para escritores como Kant, Proudhon y Comte esa primacía era cuestión de inteligencia<sup>201</sup>. Janet, autor de un manual sobre la familia que se editó en Santiago, precisaba sobre el punto diciendo “que siendo más dilatada, precisa y tranquila la razón del hombre, es por consiguiente más propia para gobernar que la de la mujer: porque cogiendo mejor las relaciones, calculando también mejor las consecuencias..., puede llegar a tomar con más facilidad esas grandes resoluciones de las cuales depende, en los casos extremos, la existencia y el porvenir de la familia...”<sup>202</sup>.

En la elite porteña, sin embargo, al igual como sucedía en la burguesía inglesa<sup>203</sup>, no parece que el hombre haya tenido una manifiesta superioridad en el hogar. Es cierto que aquel tomó en sus manos las decisiones fundamentales. Pero también lo es que la mujer no quedó ausente de las mismas, y relegada a cumplir tareas puramente domésticas o las que le imponía su obli-

<sup>198</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Londres, 10 de marzo de 1867.

<sup>199</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Londres, 12 de marzo de 1867.

<sup>200</sup> Freire de Jaime, Carolina, en *La Piedra*, Valparaíso, julio de 1877.

<sup>201</sup> Perrot, Michelle. “Figuras y funciones”, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Madrid, 1989, 127 y ss.

<sup>202</sup> Janet, P. *La Familia*. Imprenta Chilena. Santiago, 1861, 32 y ss.

<sup>203</sup> Hall, *Op. cit.*, 63 y ss.

gación –según expresión de la época– de hacer feliz a su esposo<sup>204</sup>. Su importante participación en la vida de la familia queda de manifiesto al describir las funciones que cumplió en el hogar, sin olvidar que la mujer porteña, saliéndose del “círculo doméstico” al que algunos la relegaban<sup>205</sup>, participó permanentemente en ciertas actividades públicas a lo largo del siglo XIX<sup>206</sup>.

Observando el papel que la esposa y el esposo cumplieron en el hogar, podría decirse que a la primera le cupo el gobierno de la casa, que ambos se preocuparon de la educación de los hijos y que cada cónyuge tenía el deber de procurar la felicidad del otro.

### III.1. *Gobernar la casa*

La dirección de las tareas de la casa era una función netamente femenina. En ella no participaba el esposo, y para llevarla a efecto se aceptaba que la mujer ejerciese “una autoridad inmediata y casi absoluta en (el) círculo limitado... (de) la administración interior del hogar”. En la práctica, esto significaba preocuparse de las “cosas sencillas”, como por ejemplo la estufa, la mesa, el almuerzo, la comida o el vestido de los niños, con la indispensable ayuda de los empleados que servían en el hogar. Se recomendaba que en cada una de esas tareas la esposa debía conducirse con “economía, método y elegancia”. Incluso, se le aconsejaba que las debía realizar con “belleza y poesía”<sup>207</sup>, y sin olvidar que “ella era la alegría, el encanto y la delicia de la familia”.

De esta manera, estaría en condiciones de construir un hogar en el que reinaran la armonía y la felicidad, y en el que no tuviesen cabida los problemas y dramas que eran propios del mundo, y de los que el marido procuraría siempre huir.

### III.2. *Formar a los hijos*

Respecto a los hijos, digamos en primer lugar que da la impresión que los esposos estaban abiertos a tener los hijos que concibiesen. Su vida sexual, sin

---

<sup>204</sup> Discurso de la directora de la Escuela Superior de Niñas, en *El Mercurio*, 25 de septiembre de 1869.

<sup>205</sup> *El Mercurio*, 2 de septiembre de 1851.

<sup>206</sup> Las actividades públicas de las mujeres de la elite se aprecian en instituciones de beneficencia como la *Sociedad de Beneficencia de Señoras* y en la *Sociedad de Beneficencia y Socorros*, y en las funciones que cumplieron como visitadoras de escuelas públicas femeninas, designadas por el Ministerio de Instrucción Pública, en *El Mercurio*, 5 de agosto de 1871 y 22 de febrero de 1877.

<sup>207</sup> Janet, *Op. cit.*, 32 y ss

embargo, pareciera haber quedado restringida por el hecho de que su ideal era la castidad y por consideraciones tales como que durante el período de la Cuaresma y el Adviento la Iglesia aconsejaba no casarse ni tener relaciones<sup>208</sup>.

Sin pretender obtener conclusiones definitivas sobre el número de hijos, y sólo a modo de ejemplo, digamos que Pablo Délano y Teresa Edwards tuvieron catorce hijos, de los cuales murieron cinco<sup>209</sup>. Francisco Smith y Margarita Masenlli fueron padres de doce hijos, de los cuales perdieron nada menos que la mitad<sup>210</sup>. Jorge Lyon y Carmen Santa María tuvieron once hijos, sin que ninguno falleciera al menos hasta el año 1857, en que aquel testó<sup>211</sup>. José Cerveró y Mercedes Larraín tuvieron la misma cantidad, perdiendo sólo uno<sup>212</sup>. El contralmirante Roberto Simpson y Margarita Searle tuvieron diez, de los cuales murieron cuatro<sup>213</sup>. Samuel Oxley y Margarita Gaze tuvieron el mismo número, falleciendo la mitad en los primeros años de vida<sup>214</sup>. Bartolomé Jorge Browne y Manuela Aliaga tuvieron ocho hijos y sólo perdieron uno<sup>215</sup>. Jorge Rose Innes y Lastenia Vives, y Gustavo Adolfo Hörmann e Ismenia Soruco, tuvieron siete cada uno y no perdieron ninguno<sup>216</sup>. José Tomás Ramos y Juana Rosa Ramos tuvieron seis y perdieron uno<sup>217</sup>. Francisco Javier Villanueva y Genoveva García tuvieron cinco y no perdieron ninguno<sup>218</sup>. Francisco Peña y Ana Warnes tuvieron cuatro hijos y perdieron dos<sup>219</sup> y, por último, Lastenia Pradel y Nicolás Christian Schüth sólo tuvieron un hijo<sup>220</sup>.

<sup>208</sup> La afirmación se basa solamente en las fechas de nacimiento de los hijos de la familia Lyon-Santa María, Peña-Warnes y Oxley-Gaze, que se encuentran en AN, JV, legajo 870, pieza 15 y 16, AN, NV, v. 125, f. 969-970 y AN, NV, v. 170, f. 90-91, respectivamente. Rolando Mellafe Rojas y René Salinas Mesa, *Sociedad y Población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1988, 134, destacan que en el mundo por ellos estudiado los esposos no tenían relaciones sexuales durante el "período cuaresmal", y que esta conducta —con leves variaciones— persistió hasta mediados del siglo pasado. Afirma René Salinas Meza, en su artículo "Caracteres generales de la evolución demográfica de un centro urbano chileno: Valparaíso, 1685-1830", en *Historia*, N° 10, Universidad Católica, 1971, 188, que la Iglesia prohibía los matrimonios durante la Cuaresma y el Adviento.

<sup>209</sup> Testamento de Pablo Délano, en AN, NV, v. 228, f. 450 y ss.

<sup>210</sup> Testamento de Francisco Smith, en AN, NV, v. 230, f. 591-593.

<sup>211</sup> Testamento de Jorge Lyon, en AN, NV, v. 89, f. 378 vta.-381.

<sup>212</sup> Testamento de José Cerveró, en AN, NV, v. 155, f. 65.

<sup>213</sup> Testamento de Roberto Simpson, en AN, NV, v. 209, f. 699-700.

<sup>214</sup> Testamento de Samuel Oxley, AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>215</sup> Testamento de Bartolomé Jorge Browne, en AN, NV, v. 89, f. 378 vta.-381.

<sup>216</sup> Testamento de Jorge Rose Innes, en AN, NV, v. 229, f. 468-469 vta.; y testamento de Gustavo Adolfo Hörmann, en AN, NV, v. 302, f. 856-860.

<sup>217</sup> Vargas Cariola, *José Tomás Ramos...*, 62.

<sup>218</sup> Testamento de Francisco Javier Villanueva, en AN, NV, v. 310, f. 617 y ss.

<sup>219</sup> Testamento de Francisco Peña, en AN., NV, v. 125, f. 969-970.

<sup>220</sup> Wessel M. Pedro, *Recollections*. Leicester Cooperative Printing, Leicester, 1925, 65. Debo el conocimiento de este trabajo al profesor Ricardo Couyoumdjian.

En el hogar, la educación de los hijos era una tarea en la que participaba tanto el hombre como la mujer, compartida, en cierto modo. La madre, por su cercanía al niño, era la llamada, según una educadora, a “inculcarle las primeras nociones de lo bueno y de lo malo; la idea de Dios, la de su grandeza, poder y bondad...; (enseñarle) su cultura y (educarlo en el) amor al estudio y al trabajo...”<sup>221</sup>. ¿Qué sucedía en la práctica? Las escasas noticias de algunos hogares católicos mueven a pensar que la madre cumplía esa función. Así, la madre de Joaquín Edwards Bello encabezaba, ante un altar lleno de flores, el rezo del Mes de María en su casa de Valparaíso, devoción en la que participaban los demás miembros de la familia y los sirvientes<sup>222</sup>. En las familias protestantes, en cambio, da la impresión que la formación religiosa corrió por cuenta del padre, quien leía y explicaba la Biblia a sus miembros, y dirigía las oraciones para agradecer a Dios por los bienes recibidos<sup>223</sup>.

¿De qué manera transmitían los padres esas enseñanzas? ¿Lo hacían de manera autoritaria y fría, o mediante la conversación serena, tranquila, afectuosa y cariñosa? La verdad es que no podríamos dar una respuesta categórica, que sirviera para conocer las actitudes de todos los padres respecto a la formación de sus hijos. Los antecedentes reunidos, que corresponden sólo a dos casos, reflejan que no parece existir una actitud uniforme al respecto. Así, en relación de Henriqueta Carvallo con su padre no se aprecia una conducta autoritaria por parte de este último. Antes bien, podría decirse que hay una suerte de cálida y simpática amistad, que se manifestaba en el hecho de que cuando estaban juntos Henriqueta le “decía tonterillas, ya haciéndole preguntas, o ya en fin tratando de discutir algo como solíamos hacer...”<sup>224</sup>. Henriqueta tenía veinte años entonces y no parecen existir de parte de su padre imposiciones de ningún tipo; tan sólo sugerencias, recomendaciones e insinuaciones, como quedó de manifiesto, según se vio, a propósito de su decisión matrimonial. Joaquín Dorado, por su parte, era descrito como un hombre “recto, justo, severo en sus actos, (que) se hacía respetar, (y que no admitía que sus hijos le hiciesen)... la menor observación o comentario que él no hubiese autorizado...”<sup>225</sup>. En este caso, la autoridad del padre tenía un peso casi incontrarrestable, que muchos justificaban afirmando que el padre encarnaba en el hogar una suerte de autoridad sagrada, y que su autoritarismo era indispensable si se pretendía “formar generaciones robustas, caracte-

<sup>221</sup> Discurso de la directora de la Escuela Superior de Niñas, en *El Mercurio*, 25 de septiembre de 1869.

<sup>222</sup> Edwards Bello, *Op. cit.*, 94.

<sup>223</sup> Hunt, Wallis, *Op. cit.*, 59-60.

<sup>224</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Bruselas, 14 de agosto de 1866.

<sup>225</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

res enérgicos, almas vigorosas y robustecer el austero sentimiento del deber..."<sup>226</sup>. ¿Podría la severidad del padre posibilitar una relación de afecto con los hijos, semejante a la que existió entre Henriqueta Carvallo y su padre?<sup>227</sup>.

¿Qué ideales consideraban los padres que debían inculcar (autoritariamente o no) a sus hijos? Las cartas y testamentos sugieren que el amor a Dios, a los padres, a la familia, al prójimo y al trabajo constituían el eje en torno al cual debía desarrollarse la educación de los hijos. Una carta escrita por Javiera Bustillos, esposa del médico inglés Nathaniel Miers-Cox, al hijo que estudiaba en Inglaterra, es una buena muestra de la importancia que esos ideales tenían para los padres, y de la intervención que le cabía a la madre en la formación de los hijos.

En primer lugar, Javiera le hacía presente que Dios debía ser siempre la principal preocupación de su vida<sup>228</sup>. Pero, ¿qué Dios?, ¿el Dios de los protestantes o el Dios de los católicos? Y la pregunta era pertinente porque Nathaniel, el hijo, había sido formado como católico, y se encontraba en un medio que era mayoritariamente protestante. Frente a este dilema, su padre le manifestaba que "la diferencia (entre la Iglesia anglicana y católica, a la que pertenecía el hijo) "consistía en dos dogmas principales" y le aconsejaba que lo mejor era "permanecer en la fe que te criaste, y así como el Credo, Padre Nuestro y Mandamientos... son los mismos; así en mi concepto, sin violencia ninguna de tus principios, podrás frecuentar una y otra Iglesia y rogar a Dios en cualquiera, y aun recibir el Sacramento en cualquiera... conténtate tú con ser buen cristiano, según el Padre Nuestro y los diez Mandamientos, y ser buen hombre para con católicos y para con protestantes..."<sup>229</sup>. En suma, lo importante era tener en cuenta que Dios debía ser el centro de la vida del hombre, y adecuar la misma a lo que eran las exigencias y obligaciones que imponía esa convicción.

En segundo término, Javiera recomendaba a su hijo cultivar el amor a los padres<sup>230</sup>; esto implicaba, entre otras cosas, una actitud de veneración y sumisión hacia sus progenitores<sup>231</sup>, la que debía expresarse en aceptar las enseñanzas y decisiones de los anteriores. Pronto veremos los límites que en la práctica tuvo este ideal.

<sup>226</sup> Cifuentes, *Op. cit.*, 224.

<sup>227</sup> Las cartas de Henriqueta Carvallo están plagadas de frases cariñosas y recuerdos afectuosos a su padre, similares a las que su padre dedicaba a aquella en las suyas.

<sup>228</sup> Miers-Cox, Nathan, *Los Cox en Chile*. Imprenta del Diario Popular. Santiago, 1903, 51.

<sup>229</sup> Miers-Cox, *Op. cit.*, 35-37.

<sup>230</sup> *Idem*. 51.

<sup>231</sup> Testamento de José Bayolo, en AN, JV, legajo 101, pieza 22.

En tercer lugar, los padres predicaban a sus hijos el amor a la familia. Los testamentos muestran la significación que tenía para ellos inculcar ese ideal. Porque una familia unida —como decía Gustavo Adolfo Hörmann— “hace la felicidad de todos sus miembros...”<sup>232</sup>. De ahí que aquel tuviera como preocupación fundamental que sus hijos, después de su muerte, “siguieran respetando y queriendo a su madre (viviendo) siempre unidos, queriendo y protegiéndose uno a otro...”<sup>233</sup>. Francisco Javier Villanueva, por su parte, representaba a sus hijos que “la mejor prueba de respeto y de cariño que... han de acordar a mi memoria será conservar y cultivar los mutuos lazos de afecto y unión fraternal entre sí... (para) que gocen en paz y armonía los pocos bienes que me ha sido posible legarles...”<sup>234</sup>.

La familia, en realidad, era vista por protestantes y católicos como el mejor “apoyo para llevar una vida cristiana”<sup>235</sup>, y por todos como una suerte de “ser moral” que inculcaba una serie de valores a sus miembros<sup>236</sup>. Obviamente que sin unidad no había familia, y sin esta desaparecía la posibilidad de alcanzar tan fundamentales propósitos éticos.

Los padres, así mismo, procuraron infundir en sus hijos el amor al trabajo honesto. Gustavo Adolfo Hörmann, por ejemplo, se vanagloriaba por haber “inculcado (a los suyos)... honradez y cariño al trabajo (porque es) la mejor herencia que puedo dejarles, pues frugalidad, economía e industria son medios seguros de adquirir una cierta fortuna que se necesita para el bienestar en esta vida...”<sup>237</sup>. Joaquín Edwards Garriga, por su parte, planteaba que “habían solamente dos maneras honestas para prosperar: el trabajo y el ahorro. Es mejor gastar la mitad de lo que se gana”, añadía, y repetía la máxima de Franklin de que “el que pretende enriquecerse por medios que no sean el trabajo y el ahorro era un envenenador de la sociedad...”<sup>238</sup>. Henriqueta Carvallo, a su vez, recordaba que para su padre “el trabajo daba buen sueño, buen apetito y verdadera felicidad...”<sup>239</sup>, y que el espíritu de trabajo de Juan de Dios Merino, su marido, era una de las cualidades que más habían celebrado sus padres.

A los hijos, así mismo, se les instruía acerca de la necesidad de “tener compasión (con) el desgraciado”<sup>240</sup> y ser un “buen prójimo para con to-

---

<sup>232</sup> AN, NV, v. 302, f. 856-860.

<sup>233</sup> Idem.

<sup>234</sup> AN, NV, v. 310, f. 617 y ss.

<sup>235</sup> Para el mundo inglés, ver Hall, *Op. cit.*, 57.

<sup>236</sup> Perrot, Michelle, “La familia triunfante”, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Madrid, 1989, 99 y ss.

<sup>237</sup> AN, NV, v. 302, f. 856-860.

<sup>238</sup> Edwards Bello, *Op. cit.*, 23.

<sup>239</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Bruselas, 20 de agosto de 1866.

<sup>240</sup> Miers-Cox, *Op. cit.*, 51.

dos”<sup>241</sup>. Una actitud que formaba parte de las convicciones más profundas de la elite, y que se expresó en la fundación y sostén de no pocas instituciones que tenían como propósito mitigar el dolor de los más pobres, a través de obras y acciones que no viene al caso detallar porque corresponden a la vida pública de la clase alta porteña.

Una serie de consejos añadía Javiera Bustillos a su hijo. Así, le recomendaba “no faltar a la verdad jamás, aunque sea en contra tuya; detestar la bebida... (y) el juego; tratar y recibir al Bueno y al Malo; al bueno para que te honre, y al malo para que no te deshonre; no tomar nunca ninguna frioleira... sin la voluntad del dueño...; no ser ingrato con quien te favorece o te haya favorecido, aunque después te trate mal...; y huir del ocio, porque esa es la puerta por donde entran al alma los vicios...”<sup>242</sup>.

En un plano diferente, le pedía practicar ciertas normas de urbanidad, tales como “no tratar con familiaridad a nadie, particularmente a los que eran mejores...; no quitar la palabra de la boca al que la tiene, (y) esperar que concluya (para) hablar...”; y evitar conversar, aunque lo necesite, con una persona que “esté enfadada...”<sup>243</sup>.

No obstante que Javiera Bustillos era católica, el doctor Villanueva mason y Gustavo Adolfo Hörmann católico, y que la primera era chilena, el segundo argentino y el último alemán, sus planteamientos acerca del trabajo y la familia eran prácticamente coincidentes. Respecto a los protestantes, habría que decir que no pocos —sobre todo los que pueden considerarse como más estrictamente puritanos— promovían valores que tampoco eran del todo diferentes a los de los anteriores. Así, un protestante predicaba la necesidad de construir una familia cimentada en valores morales y espirituales, así como la obligación de que el hombre fuera “laborioso”, porque la voluntad de Dios era que el hombre trabajara para conseguir los dones que El le proporcionaba. De ahí que condenara la ociosidad como el peor de todos los vicios, y que promoviera que el hombre se ocupase de cosas útiles. Nada de entretenimientos como el juego y menos la embriaguez. En un plano diferente, agreguemos que el mundo puritano también criticó la acumulación de riquezas y estimó que ser misericordioso con los necesitados era un deber que un creyente no podía eludir<sup>244</sup>.

<sup>241</sup> Idem. 35-37.

<sup>242</sup> Idem. 51.

<sup>243</sup> Idem. 51.

<sup>244</sup> Sobre la ética protestante en general, ver Werner, Sombart, *El burgués*. Alianza Universidad. Madrid, 1972, 261 y ss. En el caso de los ingleses de Valparaíso, puede consultarse a Venezian, *Op. cit.*

Los padres, en suma, fueran de nacionalidades diferentes o credos distintos, tuvieron ideales bastante parecidos respecto a ciertos valores morales sobre los que se debía cimentar el hogar y educar a sus hijos<sup>245</sup>. En mayor o menor grado, en efecto, los anteriores creían en la necesidad de practicar la caridad (o filantropía, para otros); estaban convencidos de que el trabajo era el camino adecuado para vivir con honestidad, y que el ocio conducía a toda clase de vicios; no les cabía duda que la familia era un núcleo moral cuya unidad había que preservar; y que Dios, por lo menos en la visión católica y protestante, no podía estar ausente del corazón de la familia. Con todos los matices que se quieran, estas coincidencias contribuían a que la clase alta tuviera una cierta homogeneidad ética, por así llamarla, que coadyudaba a que ese grupo, cuyos miembros presentaban tantas diferencias, tuviera como factor de cohesión ese fundamental denominador común.

Distintos factores, sin embargo, conspiraron para que esos ideales se encarnaran siempre en los hijos. En primer lugar habría que considerar que las enseñanzas de algunos padres chocaron con el individualismo romántico de que hicieron gala sus hijos. Este hecho se manifestó, por ejemplo, en que las decisiones matrimoniales de estos últimos se guiaran más por las “locuras del corazón, como se decía entonces, que por los valores que sus padres les habían predicado respecto al matrimonio”<sup>246</sup>.

Las fortunas de los padres, por otro lado, crearon no pocas dificultades a los herederos, complicando un valor tan importante como la solidaridad familiar. Los hijos de José Tomás Ramos, por citar un caso conocido, que a su muerte debían repartirse sus empresas azucareras y otros bienes, se trenzaron pronto en disputas sobre las primeras, que a la larga les provocaron profundas divisiones; esto trajo consigo el fin de la unidad familiar que al menos existió mientras vivieron Juana Rosa y José Tomás, los padres que se habían casado para que “los vínculos de familia no sufrieran menoscabo y la solidaridad de intereses tuviera relaciones más estrechas”<sup>247</sup>. Más de algún problema se suscitó, por citar otro ejemplo, a raíz de la muerte de Jorge Rose Innes, acacida en 1882. La repartición de fortuna de esta figura, que alcanzaba entonces a tres millones y medio de pesos, provocó roces entre los herederos, si bien parte de estos últimos se originaron porque Rose Innes había redactado dos

---

<sup>245</sup> Esta unidad de valores no obstante la diversidad de posturas y creencias, también parece presentarse en algunos aspectos en el mundo europeo, ver al respecto Michelle Perrot “Los actores”, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Taurus. Madrid, 1989, 97.

<sup>246</sup> Abdón Cifuentes atribuía a esos factores lo sucedido con Julia Borgoño Vergara, la joven porteña que se casó con el actor Germán Mac Kay, en *Op. cit.*, 224.

<sup>247</sup> Vargas Cariola, *Op. cit.*, 66 y 256 y ss.

testamentos, uno en Inglaterra, que se refería sus bienes que tenía en ese país, y otro en Valparaíso, con los que poseía aquí<sup>248</sup>. Así el dinero, como sucedía en Europa, solía “envenenar la existencia cotidiana”, constituyéndose en un factor que contribuía a minar la antigua unidad familiar<sup>249</sup>.

Tampoco la vida sencilla y austera —que pregonaron y practicaron no pocos padres— encontró siempre eco en los hijos. El puritano Stephan Williamson, por ejemplo, vivió muy de acuerdo a esos valores. En Valparaíso, su vida fue sobria; sin lujos de ninguna especie, y teniendo como únicas metas el servicio de Dios, la preocupación por el prójimo, el trabajo y la sana vida en familia. Su hijo Archie, en cambio, que había estudiado en la Universidad de Edimburgo, tenía otros intereses, y le gustaba vestirse con elegancia y disfrutar con la música y las flores<sup>250</sup>. La estricta moral puritana, que virtualmente rechazaba al mundo<sup>251</sup>, no formó parte de sus convicciones. A diferencia de su padre, frecuentó los salones y el teatro, e hizo una intensa vida social. Y, en fin, siempre combinó el trabajo —en el que tuvo éxito— con las alegrías y los placeres de la época en que le había correspondido vivir. En realidad, Stephan y Archie, por encima de sus convicciones religiosas, eran reflejo de generaciones distintas y épocas diferentes.

Algo similar ocurrió entre Antonio Canciani, el rico armador de la década de 1830 y comienzos de la siguiente, sus sobrinos y Antonio Fernando Flindt. Sin hijos de su matrimonio, aquel consideraba como propios a sus sobrinas María Teresa y Catalina, con las que vivía, y a Pedro y Antonio, hermanos de las anteriores. Estos, después de estudiar en Inglaterra gracias a los recursos del tío, arribaron a Valparaíso a comienzos de la década de 1840. Muy pronto fueron incorporados por Antonio como socios a su firma, al igual que lo había hecho con Adolfo Fernando Flindt, esposo de María Teresa. En realidad, este último y sus cuñados carecían del espíritu de empresa, que exigía la vida de los negocios, y que bien había demostrado el tío armador. Adolfo Fernando, en particular, disfrutaba con las ropas caras y tenía aficiones artísticas similares a las del príncipe Alberto de Inglaterra. Incluso, se cuenta que le gustaba pasearse con un gran perro por las calles

<sup>248</sup> *El Mercurio*, 23 de julio de 1886. A la muerte de Lastenia, algunos años después, también se produjeron algunas dificultades, que pronto fueron zanjadas, realizándose la partición correspondiente. La correspondencia intercambiada entre Rafael Moller, esposo de Francisca Rose Innes Vives, e Ismael Valdés Vergara, abogado representante de aquel en dicha partición, en poder del autor.

<sup>249</sup> Perrot, Michelle, “Dramas y conflictos familiares”, en *Historia de la vida privada*, tomo 7. Taurus. Madrid, 1989, 270 y ss.

<sup>250</sup> Hunt, Wallis, *Op. cit.*, 59, 60, 103 y 111.

<sup>251</sup> Hall, *Op. cit.*, 57-8.

de Valparaíso y que hizo de su casa en la calle de la Victoria un centro de reunión social, en el que su esposa María Teresa hacía de gran anfitriona<sup>252</sup>. Pronto veremos las consecuencias de este tren de vida, tan poco cercano a la sobriedad que con seguridad caracterizó los comienzos de Antonio Canciani en el mundo de los negocios, y que, por las razones que sean, no pudo inculcar a sus sobrinos ni a Antonio Fernando Flindt.

No del todo diferente es lo que sucedió con el hijo de Lastenia Pradel y Nicolás Cristián Schüth. Se afirma que este era dado a las "extravagancias" y que su hijo, por lo mismo, se formó en un ambiente proclive al lujo y la ostentación. En realidad, las "extravagancias" del padre eran nuevas, porque vivió con cierta sobriedad en tanto fue un hombre con pocos medios, y comenzó a poner en práctica aquellas tan pronto como se vio dueño de una respetable fortuna<sup>253</sup>.

Da la impresión que las "extravagancias" de algunos padres o las fortunas que legaron a sus hijos —el dinero, en suma— fueron factores que contribuyeron a debilitar los antiguos ideales. No se puede olvidar, por otra parte, que el individualismo de sus hijos representó un cierto obstáculo para que las enseñanzas de los padres fueran, como antes, dócilmente acatadas. Dicha actitud, que supuso un desconocimiento de la autoridad paternal y un olvido del interés familiar, dejó el campo abierto para que cada cual se guiara por su exclusivo interés o por lo que entendía como su felicidad personal.

### III.3. *Hacer feliz al cónyuge*

Los manuales sobre el matrimonio predicaban que cada cónyuge debía procurar con sus actos la felicidad del otro. El punto está en precisar qué se entendía por tal, o, más exactamente, de qué manera ponían en práctica ese principio los esposos de la elite porteña. Henriqueta Carvallo decía al respecto que "cuando la mujer comprende su deber y consulta el bienestar y conservación de su marido, encuentra valor, fuerzas y resignación para todo..."<sup>254</sup>. En su caso, la manera de agradar al marido era con "locuras, bromas, conversaciones sobre todo asunto, ilimitada confianza... y mucha alegría..."<sup>255</sup>. Henriqueta, por su parte, se sentía complacida de la "bondad" de Juan de Dios Merino, al tiempo que celebraba que fuera "amable, atento y delicado" con ella<sup>256</sup>. Lo

<sup>252</sup> Howe, *Op. cit.*, 81-83.

<sup>253</sup> Wessel, *Op. cit.*, 65.

<sup>254</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Londres, 11 de febrero de 1867.

<sup>255</sup> *Idem*, 12 de marzo de 1867.

<sup>256</sup> *Idem*, Londres, 24 de enero de 1867.

mismo le pasaba al “descubrir cada día una nueva gentileza en mi marido”, puesto que esa actitud —sostenía— “me trae cada día un tanto más de felicidad...”<sup>257</sup>.

La relación entre Benita Uriburu y Joaquín Dorado guarda cierta semejanza con la descrita. Así, sabemos que aquella era “una persona encantadora, de carácter siempre igual, alegre, animada, risueña..., siempre sociable, con muchas amigas y relaciones, cariñosa, afectuosa, un don de simpatía poco común y mucho tacto femenino...”<sup>258</sup>. Joaquín, por su parte, daba a su esposa “la mayor libertad de acción para recibir y hazazajar (sic) a sus amistades. El entraba y salía como el primer invitado. Siempre (la) acompañó al teatro y a las fiestas, hasta que sus hijos fueron grandes, y le demostró en todo momento el profundo cariño que le profesaba. Le tenía siempre abonos en los teatros, y era lo más generoso con ella...”<sup>259</sup>.

Cuando los esposos conseguían agradarse, darse felicidad, por decirlo al modo de entonces, se establecía entre ambos una fuerte unión o, si se quiere, una gran amistad, que hacía que uno sintiera necesidad del otro, y viceversa. Da la impresión que el matrimonio Dorado Uriburu consiguió una relación con esas características. De otra manera no se entiende que Joaquín, a la muerte de Benita, no tuviera ánimo para “volver a comer en el comedor de su casa, sino (que lo hiciera en) solitario en su aposento..., (siendo) la desaparición de su compañera... (un) golpe... cruel, doblemente a su edad en que ya todos son recuerdos...”<sup>260</sup>.

Pero no todos los matrimonios fueron como los anteriores. Un cierto número experimentó dificultades que se originaron por las más diversas razones. En algunos casos esos conflictos surgieron a raíz de las diferencias religiosas y de nacionalidad entre los cónyuges. En otros influyeron decisivamente los caracteres demasiado distintos de uno y otro.

La italiana María Teresa Canciani, católica, casó con el inglés John Evans después de la muerte de Adolfo Fernando Flindt, su primer esposo. En la época, da impresión que el ideal era que la mujer conservara la viudez, lo que se estimaba un “homenaje a la memoria del padre de sus hijos”<sup>261</sup>. En el caso

<sup>257</sup> Idem, 14 de marzo de 1867.

<sup>258</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

<sup>259</sup> Idem.

<sup>260</sup> Idem. Joaquín Dorado murió en Buenos Aires en 1913, después de haber vivido antes, con sus padres y hermanos, en Valparaíso y Francia, respectivamente.

<sup>261</sup> Refiriéndose a Ana Warnes viuda de Peña se decía que “joven todavía y con una buena fortuna, tuvo el mérito poco común de conservar su estado de viudedad como un homenaje a la memoria del padre de sus hijos. Esto sólo da una idea de sus buenos sentimientos y de la elevada idea que se había formado de sus deberes como esposa y como madre...”, en *El Mercurio*, 1 de junio de 1873. Casi treinta años antes se alababa que Toribio

que nos ocupa, sin embargo, la tranquilidad económica primó más que cualquier consideración, sobre todo porque María Teresa no tenía medios para darle a sus cinco hijos una vida sin mayores sobresaltos. Pero esa decisión, aparentemente sensata, le acarreó una serie de problemas; esto porque su carácter alegre y espíritu tolerante, así como su afición a las artes, coincidía poco con el carácter de su nuevo marido. Este, en efecto, un respetable hombre de negocios, era un hombre sobrio, desapasionado y tranquilo, con algunas ideas sobre la educación de los hijos que poco tenían que ver con las de María Teresa. También eran distintas sus convicciones religiosas, toda vez que John era protestante y María Teresa católica. Pero esta diferencia, que también había existido con su primer marido, se convertía ahora en motivo de roces y disputas, porque Evans practicaba un protestantismo militante y menos tolerante que el de Flindt<sup>262</sup>, que lo impulsaba a imponer un estilo de vida contrario al que María Teresa deseaba practicar.

Instalados en el cerro Alegre, María Teresa debió vivir como una inglesa sin serlo, y soportar los problemas que se le presentaban por estar casada con un marido tan distinto a ella. En 1865 enviudó por segunda vez. Sin pensarlo dos veces, dejó el cerro Alegre y se trasladó al cerro de la Cordillera, a una casa contigua a la que ocupaba su hermana Catalina. Allí, en un ambiente que coincidía más con su manera de ser, quiso vivir sin las reglas y exigencias que, al mejor estilo puritano, John Evans había establecido en el hogar<sup>263</sup>. Con su primer marido, en cambio, que era alemán protestante, no tuvo conflictos de ninguna especie. Sus similares gustos intelectuales y estéticos, y el amor entre ambos, les sirvió para mitigar cualquier roce y para formar un matrimonio en el que reinaron la armonía y la felicidad.

Las diferencias de edad entre los cónyuges también podía ser fuente de problemas. Julia Borgoño Vergara, hermana de José Luis, se había casado con el belga Hipólito Serruys, "hombre de fortuna, y propietario de grandes establecimientos mineros en Copiapó...; pero era viejo para ella —cuenta Martina Barros de Orrego—, y sus gustos y aficiones no podían armonizarse. Su vida en las minas fue... muy triste, sin distracciones ni

---

Lambarri no hubiera vuelto a contraer matrimonio, "comprendiendo muy bien los deberes de un padre de su posición, y se dedicó exclusivamente al cuidado de su joven familia...", en *El Mercurio*, 14 de noviembre de 1845. Salinas, *Nupcialidad...*, p. 82 y 83 plantea que las segundas nupcias eran bastante frecuentes, si bien advierte la dificultad de determinar si el "recasamiento" fue más frecuente en las clases altas que bajas, o viceversa.

<sup>262</sup> Su "protestantismo militante" se manifestó al promover, con David Trumbull y otros ingleses, la fundación del colegio "The Artizan School Society en 1858", en Edwards Bello, *Op. cit.*, 70. Sobre dicho establecimiento, ver Venezian, *Op. cit.*, 129 y ss.

<sup>263</sup> Howe, *Op. cit.* 84 y ss.

sociedad alguna”, por lo que su esposo decidió llevarla a vivir a la casa de uno de sus cuñados en Valparaíso.

Allí Julia conoció a Patricio Lynch, “joven marino de arrogante figura...”<sup>264</sup>. Este había ingresado a la Academia Militar en 1837, el mismo año en que la fortuna de Estanislao, su padre, había comenzado a decaer<sup>265</sup>. Da la impresión que el amor entre ambos fue a primera vista, no importándoles la ola de comentarios y sonrisas maliciosas a que seguramente dio pábulo su amistad. El repentino fallecimiento de Serruys posibilitó que los enamorados pudieran contraer matrimonio. Patricio Lynch, que estaba en Talcahuano como comandante de un buque, se trasladó a Valparaíso nada más conocer la noticia. Ni siquiera se preocupó de solicitar autorización a sus superiores, deseoso de llegar lo antes posible a casarse con Julia. La Marina, ante dicho abandono, no tuvo más remedio que destituirlo. Pero, ¿tenía alguna importancia ese castigo o cualquier otro si la recompensa era el amor? Una historia que, al coincidir con la sensibilidad de no pocas mujeres que se conmovían ante los amores imposibles o ante el triunfo del amor, cautivó a las que conocieron sus pormenores y su feliz desenlace<sup>266</sup>.

#### IV. VIDA EN EL HOGAR

La casa era el hogar de la familia y los sirvientes, correspondiéndole a estos últimos una serie de deberes que facilitaban las actividades que padres e hijos realizaban diariamente en la morada donde vivían.

##### IV. 1. *Las tareas de los sirvientes*

Muy temprano se iniciaban las actividades en el hogar. Los primeros en levantarse eran los miembros del servicio. La cocinera lo hacía entre las seis y la siete de la mañana, dirigiéndose luego al mercado con el objeto de comprar los alimentos y el combustible que se necesitaba para cocinar<sup>267</sup>. O, más bien, los artículos que no había podido adquirir a los vendedores ambulantes que, como el panadero, lechero, pollero, pavelo y frutero, recorrían a

<sup>264</sup> Barros de Orrego, *Op. cit.*, 116 y ss.

<sup>265</sup> Holley, Gustavo Adolfo, *Vida del vice-almirante don Patricio Lynch*. Imprenta Cervantes. Santiago. 1892, 11 y ss.

<sup>266</sup> Barros de Orrego, *Op. cit.*, 116 y ss.

<sup>267</sup> *El Mercurio*, 1º de junio de 1872.

diario los barrios y cerros del puerto ofreciendo a gritos sus mercaderías<sup>268</sup>. Después de efectuar las compras, la cocinera se encargaba de preparar las comidas para el grupo familiar, siguiendo las indicaciones que la dueña de casa le daba al respecto.

Las comidas consistían básicamente en el desayuno y en una cena, a horas no rigurosamente establecidas. El primero se servía a partir de las ocho de la mañana, y consistía —por lo menos el día domingo— en una comida fuerte, en la que incluso se ofrecía cazuela<sup>269</sup>. El desayuno, en los días de trabajo, sería algo más sencillo, no volviendo a ingerirse alimentos hasta cerca de las cuatro de la tarde, que era la hora en que los hombres, en algunos de los hoteles del plan o en sus casas, hacían su segunda comida diaria. Estos horarios parecieran haber cambiado hacia fines del siglo, cuando el almuerzo comenzó a servirse a partir de las dos de la tarde, se generalizó la hora del té y posiblemente la cena en horas más próximas a la noche<sup>270</sup>.

En las casas de la elite, además de la cocinera, se contaba con varios sirvientes más. Este concepto, que empezaba a utilizarse en el país desde mediados de siglo, venía a reemplazar al de criados, comúnmente empleado hasta entonces para identificar a quienes trabajan en las casas<sup>271</sup>. La esposa del cónsul norteamericano consideraba que en Valparaíso había servidumbre suficiente para que la dueña de casa quedara libre de una serie de responsabilidades que, en los Estados Unidos, no podía eludir<sup>272</sup>. ¿Cuántos empleados tenía una familia? ¿Dependía su número de las necesidades del hogar o se contrataban en el entendido de que una mayor cantidad daba más prestigio social a la casa que los ocupaba? A modo de ejemplo, y sin tener una respuesta a las preguntas indicadas, digamos que Jorge Lyon en 1867 tenía un primer mayordomo, un segundo mayordomo, una cocinera y dos sirvientas de mano<sup>273</sup>. Todos vivían en su casa de la calle de la Planchada, y cumplían funciones diferentes. El primer mayordomo tenía autoridad sobre el resto del servicio; asignaba las tareas diarias, vigilaba que las mismas se cumplieran adecuadamente y servía, con la ayuda del segundo mayordomo, en el salón y en el comedor. Las sirvientas, por su parte, tenían a su cargo el aseo de la casa, lo que suponía principalmente ordenar y limpiar sus habitaciones. En las casas de los extranjeros —y seguramente

<sup>268</sup> *Lady of Ohio*, *Op. cit.*, 40, 41, 47, 54 y 57.

<sup>269</sup> *Idem*, 41.

<sup>270</sup> Crommelin, May, *Over the Andes. From de Argentine to Chili and Peru*. Richard Bentley and Son, London, 1896. 203.

<sup>271</sup> Barros de Orrego, *Op. cit.*, 42.

<sup>272</sup> *Lady of Ohio*, *Op. cit.*, 83.

<sup>273</sup> AN, JV, legajo 870, pieza 16.

también en la de los chilenos— los sirvientes tenían ciertas limitaciones respecto a su alimentación. Así, se les prohibía consumir mantequilla y sólo se les autorizaba una libra de azúcar negra a la semana, sin colocarles restricciones respecto a la carne y los vegetales<sup>274</sup>.

El lavado de la ropa no corría por cuenta de las sirvientes. Esa tarea se hacía fuera de la casa y la efectuaba una lavandera que, cada lunes, se encargaba de ir a buscar las prendas sucias que, después de lavarlas en el estero de Jaime, entregaba limpias y planchadas<sup>275</sup>.

Mención aparte merece la nodriza, que se desempeñaba como ama de leche de los hijos. En primer lugar conviene precisar que los hijos, que nacían en las casas con la ayuda de la matrona<sup>276</sup>, eran cuidados en sus primeros meses por la madre y la nodriza. Esta última, sin embargo, pronto pasaba a ser una figura fundamental en la vida de los niños. Algunas norteamericanas que visitaron Valparaíso se mostraban sorprendidas por dicho papel, así como por el escaso tiempo que la madre destinaba a sus hijos<sup>277</sup>. Una situación similar se vivía en Europa, donde lo corriente era que los niños quedaran prácticamente en manos de las nodrizas<sup>278</sup>, sin que los padres se ocuparan personalmente de ellos. ¿Hasta qué punto puede hacerse esta afirmación para el caso del mundo de la elite porteña? ¿Quedarían las tareas materiales —vestir o dar de comer, por ejemplo— en manos de las empleadas, y la formación —una responsabilidad que los padres no parece que eludieran— más directamente en manos de aquellos?

En algunos casos, la nodriza terminaba convertida en una verdadera segunda madre; esto porque después de haber amamantado al niño seguía a su lado, viéndolo crecer y protegiéndolo ante cualquier peligro que se le pudiera presentar. Ella, en efecto, era quien se preocupaba de su comida, de levantarlo, vestirlo y acostarlo, corriendo también por su cuenta los paseos a lugares que, como el jardín de Abadie o algún promontorio desde el cual se vieran los barcos, le resultarían entretenidos. Con el tiempo, esta relación diaria posibilitaba que la nodriza sintiera al niño casi como un hijo, y que este, aun cuando se convirtiera en un hombre, siguiera buscando en dicha mujer el refugio y cariño que le había dado desde su niñez.

<sup>274</sup> Idem.

<sup>275</sup> AN, IV, vol. 99 (junio de 1858) y *Lady of Ohio*, *Op. cit.*, 47.

<sup>276</sup> María del Rosario Orellana de Nilo era la matrona de las esposas de Pablo Délano, Carlos Green y Belisario Peró. También atendía a Ester de Sarratea, Tránsito de Biggs, Benita Uriburu de Dorado y Juana Pividual de Jackson. Se decía que era muy solicitada, en particular "por las señoras extranjeras para asistir las...", en AN, MI, v. 595, s/f, 1870.

<sup>277</sup> *Lady of Ohio*, *Op. cit.*, 84.

<sup>278</sup> Perrot, Michelle, *Figuras y funciones*, *Op. cit.*, 159.

El trato humanitario y paternal de algunos dueños de casa creaba un clima propicio para que cualquiera de los sirvientes se convirtiera en un fiel y leal servidor. Fue lo que aconteció en el caso de los que trabajaban en la casa de Jorge Lyon, y que este estimó justo premiar asignándoles en su testamento la suma de quinientos pesos, que debían repartirse de acuerdo a la proporción que estableciesen los albaceas<sup>279</sup>. Francisco Javier Villanueva, por su parte, ordenaba en su testamento entregar doscientos pesos a “mi antigua sirvienta Nieves García, en testimonio y reconocimiento de sus buenos servicios a mi familia, y pido a mis herederos que le presten su apoyo y auxilios en toda circunstancia en que lo necesitara...”<sup>280</sup>. Jorge Rose Innes, a su vez, estipuló en su testamento que debía entregarse a Avelina Vera, “mientras viva”, el interés que se obtuviese de cinco mil pesos en letras de la Caja de Crédito Hipotecario, para “manifestar... mi reconocimiento por los buenos y fieles servicios que ha prestado a mi familia durante veinticinco años...”<sup>281</sup>.

#### IV.2. *Las actividades de la familia*

En gran parte del período estudiado, la vida en el hogar iba mucho más allá que dormir, descansar o comer en él. La casa, en efecto, tenía entonces una dimensión bastante más profunda, que sólo se puede apreciar si se tiene en cuenta que la “vida para todas las edades era el hogar”<sup>282</sup>. Henriqueta Carvallo decía, refiriéndose a ese punto, que la “felicidad (de la mujer) estaba en la casa..., (con) un libro, un pedazo de papel y una pluma, (y) un traje modesto (pero limpio)...”<sup>283</sup>. En este sentido, conviene apuntar que –al menos hasta el último tercio del siglo XIX– no se salía demasiado, siendo casi lo normal permanecer en la casa, en los espacios de cada cual o en los que eran comunes a la familia. Las mujeres, en particular, no eran “paseadoras”, como parece ser que comenzó a suceder a partir del último tercio del siglo pasado, cuando se les calificaba de tales a las que disfrutaban andando por las principales calles del puerto<sup>284</sup> y por las

<sup>279</sup> Testamento de Jorge Lyon, en AN, JV, legajo 870, pieza 16.

<sup>280</sup> AN, NV, v. 310, f. 617 y ss.

<sup>281</sup> Testamento de Jorge Rose Innes, en AN, NV, v. 229, f. 468 y ss.

<sup>282</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

<sup>283</sup> Carta de Henriqueta Carvallo a Manuel Carvallo, Bruselas, 5 de agosto de 1866.

<sup>284</sup> *El Mercurio*, 25 de abril de 1887. En realidad, los paseos se explican porque la ciudad, a esas alturas, tenía algunas calles “suaves y limpias”, había un jardín público y se habían construido plazas atractivas. Aun así, sugeriríamos que salir a pasear –a mostrarse, a dejarse ver, tanto por hombres como mujeres– denota un cambio respecto a la sociedad porte-

“áreas de esparcimiento público” que comenzaron a desarrollarse a partir de 1875<sup>285</sup>.

El jardín, en las casas de los cerros Alegre y de la Concepción, era un espacio exterior fundamental, del que disfrutaba toda la familia y en el que no era raro que se tuvieran perros<sup>286</sup>. En Europa, estos y otros animales domésticos comenzaban a convertirse en parte de la familia, al considerarlos sus dueños (sobre todo la mujer) como una suerte de “viejos amigos” que les proporcionaban compañía y cariño<sup>287</sup>. Antes, como se sabe, el animal era visto con suspicacia y no como un individuo “digno de sentimiento”<sup>288</sup>. La mujer se ocupaba personalmente del cuidado del jardín, dedicándose preferentemente al cultivo de las flores; entre estas sobresalían las camelias, jazmín del cabo, rododendros, lilas, azaleas, dalias, acacias, peonías, rosas y magnolias<sup>289</sup>. Es posible que el dueño de casa, al igual que en el mundo inglés, se hiciera cargo del parrón y los árboles frutales<sup>290</sup>. El trabajo de los esposos, y el del jardinero que hacía las tareas más pesadas, posibilitaba tener un espacio hermoso, ordenado y limpio, que invitaba a gozar con la naturaleza que había sido “domesticada” en aquel lugar<sup>291</sup>.

En el interior de la casa, el costurero era el espacio propio de la mujer. Como su nombre lo indica, dicho lugar se empleaba para realizar labores de costura, como por ejemplo coser ropa para los pobres o hacer bordados para su propia satisfacción<sup>292</sup>. Las inglesas parece que también zurcían, sin importarles que otras mujeres no lo hicieran, argumentando que era un trabajo propio de personas humildes<sup>293</sup>.

En el costurero, así mismo, y también en el dormitorio y el salón, la mujer se dedicaba a la lectura. Algunos padres estimaban que los libros debían servir a la mujer “para su instrucción religiosa y moral, y para el bien de su

---

ña de la primera mitad del siglo XIX, más recogida en sus casas por una serie de principios que por el hecho que las calles estuvieran sucias o las plazas fueran casi inexistentes.

<sup>285</sup> Méndez, Luz María, *Plazas y parques de Valparaíso. Transformaciones en el micropaisaje urbano, en Valparaíso 1536-1886*. Instituto de Historia. Universidad Católica de Valparaíso, 1987, 30.

<sup>286</sup> *El Mercurio*, 8 de abril de 1869.

<sup>287</sup> Perrot, *Op. cit.*, 184.

<sup>288</sup> Corbain y Perrot, *Op. cit.*, 184.

<sup>289</sup> *Gaceta del Comercio*, 15 de junio de 1846.

<sup>290</sup> Hall, *Op. cit.*, 72.

<sup>291</sup> *Ibidem*.

<sup>292</sup> *Over the Andes*, *Op. cit.*, 202.

<sup>293</sup> Miss Whitelock, institutriz inglesa de la familia Subercaseaux Vicuña, puso un colegio en Santiago después de servir a esa familia. En su establecimiento enseñaba, entre otras cosas, a zurcir, lo que no siempre miraban bien las familias de las niñas que asistían a él, en Barros de Orrego, *Op. cit.*, 56 y 57.

alma..."<sup>294</sup>. Es muy probable que en no pocos hogares las mujeres tuvieran predilección por esos libros. Pero hay que reconocer que, en una proporción difícil de precisar, también se interesaron por los escritores románticos, distribuyéndose sus preferencias entre los autores ingleses, franceses y españoles<sup>295</sup>. Las revistas europeas, por su parte, como *La Ilustración Americana*, *La Ilustración Española y Americana*, *El Correo de la Moda*, *Moda Elegante* y *L'illustration*<sup>296</sup>, también les resultaban atractivas, puesto que les permitían contemplar lo que sucedía en un mundo que, como el europeo, muchas mujeres tenían como modelo y no pocas deseaban imitar.

En el hogar, el espacio del esposo era el escritorio. En este lugar, entre otras actividades, el dueño de casa se dedicaba a leer. La lectura era un hábito que, con todas las excepciones que se quieran, parece que estaba arraigado en parte de la elite porteña. Así queda de manifiesto en los libros que poseían, entre otros, Samuel Oxley<sup>297</sup>, Joaquín Dorado<sup>298</sup>, Carlos Waddington, Santos Tornero, Juan de Dios Merino<sup>299</sup>, José Bayolo y Jorge Lyon, y en el hecho de que el hombre culto, en el mundo porteño, era admirado y tenía un indiscutible prestigio social.

El español José Bayolo tenía una pequeña biblioteca en la que predominaban los títulos de carácter religioso. Su gran preocupación espiritual lo impulsaba a leer el *Año Cristiano*, *Espíritu de San Francisco de Sales*, *Vida de San Francisco de Sales*, *Vida de San Antonio*, *Ejercicios cotidianos*, *Ejercicios de San Ignacio*, *Glorias a María* y los *Gritos del Purgatorio*, por mencionar algunos de los libros religiosos que poseía en su biblioteca. El hecho de que la gran mayoría tuviera esa calidad —y que sólo tres fueran de otros temas (El Quijote, un diccionario y otro sobre derecho español)— reflejaría que Bayolo, a diferencia de otros miembros de la elite, no tenía inquietudes por saber o conocer más

---

<sup>294</sup> Testamento de Tomás Eduardo Brown, en *Exposición que hacen los albaceas de D. Tomás E. Brown y la Ilustre Municipalidad de Valparaíso*. Imprenta de la Opinión. Santiago, 1860, 50.

<sup>295</sup> Conocemos las lecturas que realizaba Henriqueta Carvallo en Europa, algunos años antes de instalarse con su marido en Valparaíso. Entre los libros que menciona en cartas que escribe a su padre se encuentran: obras de Thiers, *La Educación Progresiva*, de Necker de Saussure (Bruselas, 7 de agosto de 1866), poesías de Victor Hugo (Bruselas, 8 de agosto de 1866), *El Quijote* (Bruselas, 17 de agosto de 1866), *Essai sur L'indifference en matiere de religion* (Londres, 2 de febrero de 1867), *Criterio* de Balmes (Londres, 10 de marzo de 1867), *Decouvertes scientifiques modernes* de Figuier (Londres, 14 de marzo de 1867), y la *Biblia* (Londres, 6 de abril de 1867). Ciertamente que correspondía a un interés intelectual superior, el que seguramente contribuyó a formar su padre, dueño de una de las más importantes bibliotecas del país, y sus años de estudio en Europa.

<sup>296</sup> *El Mercurio*, 30 de mayo de 1870 y 8 de octubre de 1875.

<sup>297</sup> AN, JV, legajo 1.012, pieza 8.

<sup>298</sup> Dorado Uriburu, *Op. cit.*

<sup>299</sup> *El Mercurio*, 7 de enero de 1887.

allá de los temas relacionados con Dios y la salvación<sup>300</sup>. Una actitud que en cierta medida lo acercaba a los mercaderes coloniales, en el sentido de que para no pocos de ellos el tema de Dios y la salvación era mucho más importante que aumentar las ganancias o hacer un buen negocio<sup>301</sup>. La postura de dicha figura, con todo, parece una excepción. Porque da la impresión que lo normal fue que los miembros de la elite leyeran con el objeto de “hallar en los libros placeres intelectuales y emociones para el corazón”<sup>302</sup>, y no sólo con el propósito de incrementar la vida religiosa de cada cual.

En alguna medida, podría decirse que Jorge Lyon representó la figura del hombre culto en la sociedad porteña. Así al menos se infiere del hecho que poseyera una importante biblioteca constituida, entre otros, por libros en inglés, francés y español. Los nombres de esas publicaciones sugieren que Lyon era un hombre de amplios intereses intelectuales. De partida, un buen número correspondía a títulos relacionados con su actividad comercial y los negocios en general. Los libros de los autores románticos ingleses —como Walter Scott y Lord Byron, entre otros— eran los más numerosos. En bastante menor cantidad se encontraban algunos títulos de escritores románticos franceses, como por ejemplo Alejandro Dumas; los títulos de autores españoles incluían, entre otros, *El Quijote*, *Fray Gerundio* del padre Isla (cuya sátira contra las órdenes religiosas podría indicar que Lyon era crítico de ciertas expresiones religiosas católico-españolas, por así decirlo) y al escritor costumbrista Mesonero Romanos. En dicha biblioteca, por otra parte, había un número significativo de libros sobre geografía y viajes, urbanidad, medicina, historia, diccionarios, enciclopedias y almanaques. Títulos chilenos, en cambio, habían más bien pocos. Las obras religiosas, por último, como libros de oraciones y la Biblia, junto a una serie de trabajos sobre la masonería, completaban la biblioteca que describimos<sup>303</sup>.

A modo de aproximación al punto, diríamos que esa biblioteca era expresión, en primer lugar, de los variados intereses —desde los autores románticos hasta los viajes— de un hombre de negocios de Valparaíso de la época estudiada; en segundo término, dejaba en evidencia un cierto espíritu crítico hacia los españoles (¿y chilenos tal vez?) y, por último, un espíritu amplio y tolerante, al incluir entre sus títulos obras católicas y protestantes. ¿Refleja-

<sup>300</sup> AN, JV, legajo 101, pieza 22, f. 1-13.

<sup>301</sup> El valor de la vida religiosa para los mercaderes queda en evidencia en D. Manuel Riesco, *Instrucciones a su amado hijo Miguel* (1805). Santiago, 1969. También puede verse D.A. Brading, *Miñeros y comerciantes en el México borbónico* (1763-1810). FCE. Madrid, 1975, 154 y 155.

<sup>302</sup> *El Mercurio*, 9 de febrero de 1844.

<sup>303</sup> AN, JV, legajo 870, pieza 16.

rán estas tendencias sólo la actitud espiritual e intelectual de Jorge Lyon o corresponderán a las de buena parte de los miembros de la elite?

En algunas casas de la elite los hombres también tenían un segundo espacio propio. Se trataba del salón de billar, y su objeto era servir para que el dueño de casa, junto a parientes y amigos, disfrutara de ese juego, fumara y conversara a sus anchas sobre asuntos que, como la política, eran propios de los intereses de los hombres<sup>304</sup>.

En el hogar, el comedor y el salón eran espacios comunes, que utilizaba la familia para reunirse y compartir algunas horas. En el comedor, la conversación durante la comida y la sobremesa era para algunas familias un verdadero rito<sup>305</sup>, que posibilitaba a los padres intercambiar puntos de vista sobre diversos temas, y a los hijos escuchar las opiniones de los anteriores, aprender de las mismas e intervenir sólo cuando se les pedía su parecer. El salón, por su parte, era un espacio para que la familia se juntara con el propósito de enriquecer su formación religiosa o simplemente para entretenerse. En las familias protestantes era frecuente que se leyera la Biblia, sobre todo los días domingos, y que el padre, como se dijo, explicara y reflexionara sobre los pasajes escogidos para la ocasión<sup>306</sup>.

Las diversiones, por su parte, eran más propias de las familias católicas y de aquellas que siendo protestantes no practicaban un puritanismo riguroso. El sector puritano, en efecto, condenó las entretenciones y consideró que era tiempo perdido todo aquel que no se consagraba a Dios<sup>307</sup>. No sucedió lo mismo con algunos autores católicos que teorizaban sobre el matrimonio, para los cuales las entretenciones eran necesarias en la medida que favorecían la convivencia y armonía familiar; esto porque "la intimidad era indiscreta y traicionaba a veces los defectos de cada cual (y porque) con nada se llenaban mejor los momentos de descanso y de mal humor, se disimulaban más los defectos recíprocos..., que con algún entretenimiento común de cosas del arte o de la imaginación: un poco de música, un álbum de dibujos, una lectura hecha en común y algunos comentarios inteligentes sobre lo que se lee, son hermosas y felices distracciones que separan por algún tiempo al marido y a la mujer del ruido de los negocios, de los cuidados de la familia y de las relaciones peligrosas de la intimidad..."<sup>308</sup>.

---

<sup>304</sup> Adolfo Schwartz, por ejemplo, tenía en su casa un salón de billar, en *El Mercurio*, 19 de mayo de 1877; sobre el tema, ver también Roger-Henri Guerrand, "Espacios privados", en *Historia de la vida privada*, tomo 8, *Op. cit.*, 45.

<sup>305</sup> Cox, *Op. cit.*, 32. Para Europa, ver Guerrand, *Op. cit.*, 35.

<sup>306</sup> Hunt, Wallis, *Op. cit.*, 59-60.

<sup>307</sup> Sombart, *Op. cit.*, 265, y Venezian, *Op. cit.*, 10.

<sup>308</sup> Janet, *Op. cit.*, 40.

¿De qué manera se entretenía una familia en el hogar? En Valparaíso, la confección de álbumes de dibujo y fotografías parece que fue bastante común. También la lectura, según se dijo. Los juegos de prendas, y los de cartas, como la malilla y el tresillo, eran pasatiempos preferidos de hijos y padres<sup>309</sup>. Jorge Lyon tenía en su biblioteca un libro que enseñaba a jugar tresillo<sup>310</sup>, y en el que con toda seguridad se daría a los jugadores la recomendación de que “si al tresillo quieres ganar, no te canses de pasar...”<sup>311</sup>. Un consejo que los aficionados a esa entretención consideraban una verdadera regla de oro, y que por lo general nunca dejaban de practicar<sup>312</sup>. ¿Tendría también en su hogar el llamado “juego de tertulias”, que servía para que por “medio de ciertas combinaciones (se pudiera) pronosticar la suerte futura?”<sup>313</sup>. ¿Despertaría interés saber qué acarrearía el porvenir o se estimaba un terreno vedado para la curiosidad de cada cual?

La música, en fin, era una diversión de la que participaban todos, y al parecer muy propia de los salones del mundo porteño<sup>314</sup>. Los hijos aprendían con profesores particulares, especialmente a tocar piano y a cantar, y en menor proporción a tocar violín y guitarra. Escuchar sus progresos era un motivo para que todos se reunieran en el salón<sup>315</sup>, sobre todo cuando se interpretaban al piano las lecciones aprendidas con esfuerzo y dedicación. El piano, como se sabe, era un instrumento que se había puesto de moda en Europa a comienzos del siglo XIX, y cuyo prestigio se mantuvo hasta 1870. En general, sus intérpretes solían ser muchachas solteras que a través de dicho instrumento demostraban “públicamente (su) buena educación...”<sup>316</sup>.

En Valparaíso, el piano estaba presente prácticamente en todos los salones de las casas distinguidas, como lo anota Max Radiguet<sup>317</sup>. Hacia 1880 la prueba de fuego que rendían los ejecutantes de ese instrumento era tocar un vals brillante llamado “El temporal del Cabo de Hornos”<sup>318</sup>. En esta pieza,

<sup>309</sup> *El Mercurio*, 21 de julio de 1877, y AN, JV, legajo 870, pieza 16.

<sup>310</sup> AN, JV, legajo 870, pieza 16.

<sup>311</sup> Errázuriz, Crescente, *Algo de lo que he visto*. Editorial Nascimento. Santiago, 1934, 262.

<sup>312</sup> *Ibidem*.

<sup>313</sup> *El Mercurio*, 7 de julio de 1847.

<sup>314</sup> Silva Vargas, Fernando, *Sociabilidad Porteña*, Santiago, 1996, 5 (inédito).

<sup>315</sup> *El Mercurio*, 18 de julio, 23 de julio y 2 de septiembre de 1873, y 21 de julio de 1877.

También Pereira Salas, *Op. cit.*, 103 y ss.

<sup>316</sup> Corbain y Perrot, *Op. cit.*, 188 y ss.

<sup>317</sup> Citado por Roberto, Hernández, *Los primeros teatros*, 16

<sup>318</sup> *Valparaíso medio siglo atrás* (s/autor), en *Recuerdos de Valparaíso*. Tomo I. Imprenta Victoria, Valparaíso, 4. Debo el conocimiento de este artículo al profesor Gerardo Martínez Rodríguez.

escrita por Augusto Casanovas, las notas imitaban el trueno, el huracán, el silvar de la jarcia y el rugir de las rompientes. Una suerte de “trozo de onomatopeya”, muy del gusto musical de la época<sup>319</sup>. Si no se equivocaban las ejecutantes, los auditores las aplaudirían con entusiasmo y considerarían que habían hecho algo tan difícil como era –todavía entonces– cruzar el mismísimo Cabo de Hornos<sup>320</sup>. Con todo, conviene recordar que las óperas fueron el gran repertorio de las pianistas<sup>321</sup>. Solas o con un profesor de música aprendían prácticamente las mismas óperas que veían en el Teatro de la Victoria. Su ejecución permitía reproducir en el salón las mismas emociones que sentían al escucharlas en dicho recinto, y recordar que las mismas provenían casi siempre de los conflictos, dramas y alegrías que provocaba el amor<sup>322</sup>.

Quizás las más importantes veladas musicales de Valparaíso tuvieron lugar en la casa que Catalina Canciani y el doctor Aquinas Ried poseían en la quebrada de El Almendral. Diez niños se juntaban entre los hijos de los anteriores y los de María Teresa, que se fue a vivir con ellos después que murió su primer marido. Las hermanas Canciani tenían hermosas voces, a las que se unían los niños, acompañándolos a todos el doctor con su flautín<sup>323</sup>. De más está decir que la alegría era inmensa, al igual que en otras familias alemanas para las que la música sería, además de ser una entretenición, fue siempre un componente esencial de sus vidas<sup>324</sup>.

El salón y el comedor, por otra parte, eran los espacios que la familia reservaba para realizar la vida social. Los miembros de la elite consideraban de buen tono invitar a parientes y amigos, y a los extranjeros importantes que llegaban a Valparaíso. Lo habitual era que estos últimos fueran convidados a sus casas, donde eran recibidos por los padres e hijos mayores. Samuel Green Arnold, un americano que arribó a dicho puerto hacia mediados de siglo, fue convidado reiteradamente. Así, cuenta que el lunes 24 de abril de 1848 estuvo en la casa de Mr. Riley, de la firma Alsop y Cía., junto con otros norteamericanos, la esposa y los tres hijos de aquel. Indica que los

---

<sup>319</sup> Pereira Salas, Eugenio, *Historia de la música en Chile (1850-1900)*. Editorial Del Pacífico S.A. Santiago, 1957, 373.

<sup>320</sup> Valparaíso medio siglo atrás (slautor), *Op. cit.*, 4.

<sup>321</sup> Silva Vargas, *Op. cit.*, 5.

<sup>322</sup> Vargas Cariola, *El Teatro de la Victoria...*, 271 y ss.

<sup>323</sup> Howe, *Op. cit.*, 85; e Eastman, *Op. cit.*, 279.

<sup>324</sup> Hernández, *Valparaíso, Op. cit.*, 24. El doctor Aquinas Ried tuvo un papel importantísimo en la vida musical del país, sobre todo en Valparaíso. Allí, entre otras actividades, fundó el grupo “Harmonía” para ofrecer concierto públicos, en Pereira Salas, *Historia de la Música, Op. cit.*, 117.

asistentes hablaron en inglés y que uno de los temas de conversación fueron los viajes. Al día siguiente cenó con Mr. Hobson, socio de Alsop y Cía., su esposa y sus cuatro hijas. William Wheelwright y su esposa también lo recibieron en su casa, en una cena en la que participó una señorita americana y las hijas de José Tomás Urmeneta, y en la que toda la conversación se desarrolló en inglés. El jueves 27 de abril cenó en la casa del doctor Olof Page; el viernes fue a la del comerciante y diplomático argentino Mariano Sarratea, a una cena en la que estaban presentes Virginia Herrera, esposa del anfitrión, Francisco Peña y tres argentinos más que no se identifican y que, como Green Arnold, se encontraban de paso en el puerto. En esa ocasión, la conversación, entre otras materias, versó sobre la vida política. Poco antes de partir, Green Arnold fue invitado por Manuel Blanco Encalada. La cena fue para dieciocho personas, cuidándose hasta los más mínimos detalles; entre los asistentes se encontraban el almirante inglés Hornby, sus dos hijas, seis oficiales de esa nacionalidad, algunos oficiales chilenos, "todos de uniforme de gala", la esposa de Blanco Encalada, dos hijos de los dueños de casa y "varios caballeros" cuyos nombres no se mencionan<sup>325</sup>. ¿De qué se habló? Posiblemente de temas similares a los indicados. Pero, además, es posible que se hiciera gala de lo que los manuales de urbanidad de la época denominaban "parla-frívola"; esto es, conversaciones sobre acontecimientos públicos, acerca de la vida de príncipes y reyes; sobre matrimonios y diferentes familias y, en fin, sobre bailes y fiestas en general<sup>326</sup>.

La vida social alcanzaba su máxima expresión en las fiestas que se organizaban en las casas de la elite. Pero estas no correspondían a la actividad cotidiana del hogar, sino a un hecho extraordinario, que los dueños de casa realizaban en parte con el objeto de recibir para mostrar, a los ávidos ojos de los invitados, lo que eran y lo que tenían. Una postura más bien burguesa, que poco tenía que ver con el estilo de vida que caracterizó mayoritariamente a la clase alta porteña durante gran parte de la primera mitad del siglo XIX.

## V. FIESTAS EN EL HOGAR

Al menos desde fines de la década de 1840, la clase alta porteña abrió sus casas para realizar grandes bailes. La mayoría de las familias de dicho grupo

<sup>325</sup> Green Arnold, Samuel, *Viaje por América del Sur*, 1847-1848. Emecé editores, S.A. Buenos Aires, 1951, 242-246.

<sup>326</sup> Lord Chesterfield, *Preceptos de urbanidad y buena crianza*. Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1847, 39 y 40.

participó en ellos, considerándolos como una entretención fundamental, de la que no podían excluirse y que les permitía —a los que invitaban y a los asistentes— mostrarse a los demás en todo su esplendor. Así y todo, hubo un pequeño número que no vio con buenos ojos esas diversiones. Los más puritanos, en efecto, estimaron que si se invitaba a la casa era para ayudar, proteger o convertir, y no para entretenerse con una conversación frívola o con una diversión tal “que no podamos invocar el nombre del Señor...”<sup>327</sup>. Da la impresión que Juana Ross de Edwards estaba cerca de quienes criticaban las grandes fiestas, como se infiere del hecho de que, para sorpresa y desilusión de muchos, no inaugurara su palacio de la Plaza de la Victoria con una gran recepción. Antes bien, optó por algo totalmente distinto, como fue organizar un bazar de caridad con el objeto de reunir fondos para los más necesitados del puerto<sup>328</sup>. Dicha decisión, en realidad, calzaba con su personalidad y manera de ser, toda vez que dicha figura consideraba que su tiempo —esto es, su vida diaria— debía dedicarlo a Dios, al trabajo, la familia y los más pobres, y no a entretenciones intrascendentes y banales. En alguna medida, la Iglesia decía lo mismo, al afirmar que “los más benignos en materia de baile confiesan que es una diversión peligrosa... (Así), en los bailes que se ofende el pudor, la pérdida de este es su consecuencia inevitable. Una joven candorosa, siente despertarse en su corazón pasiones desconocidas, y asomarse en su mente ideas, de que estaba tan distante, cuanto que ni sospechaba siquiera la existencia de los objetos que turban su fantasía... Sea en bailes privados o públicos, bajo los artesonados techos de la aristocracia, o en las humildes habitaciones del hombre del pueblo, siempre y en todas partes deberán reprobarse los bailes de que hablamos; porque siempre y en todas partes producen amargos frutos para la religión y la patria: el pudor que ellos ofenden no se le arranca a la mujer sin causarle una honda herida a la familia y a la sociedad...”<sup>329</sup>.

Pero la prédica de la Iglesia —o el ejemplo de Juana Ross de Edwards— no tuvieron mayor significación. Porque la mayoría de la clase alta se mostró dispuesta a organizar o asistir a grandes fiestas en las casas en las que el baile era poco menos que el objeto principal de la reunión. ¿Desde cuándo los miembros de dicho grupo iniciaron esa práctica? Por diversos antecedentes, da la impresión que esas diversiones no tuvieron gran arraigo durante la primera mitad del siglo XIX<sup>330</sup>. Pero, a partir de entonces, tendieron a generalizarse,

<sup>327</sup> Venezian, *Op. cit.*, 10.

<sup>328</sup> *El Mercurio*, 23 de noviembre de 1872.

<sup>329</sup> *La Revista Católica*, 29 de agosto de 1857, 2.381 y 2.382.

<sup>330</sup> Nos referimos a los grandes bailes en las casas. Porque en los espacios públicos se bailaba frecuentemente. Sobre bailes en dichos lugares en Valparaíso, en la década de 1830, ver Hernández, *Los primeros teatros...*, 98.

para alcanzar especial significación durante el último cuarto del siglo. Es posible que “los elegantes de Santiago”<sup>331</sup>, como los llama un periódico, hayan en parte contribuido con su presencia en el puerto a difundir las fiestas en las casas. Así aquellos, según lo reconoce una revista en 1863, cuando venían al puerto “le quitaban su fisonomía atareada,... le daban aquel aspecto alegre y animado que sólo tienen las poblaciones desocupadas, (contribuyendo de paso a que) nuestras tertulias perdieran su monótona uniformidad; y a que los bailes, acontecimientos... raros en nuestra existencia mercantil, se sucedan con frecuencia...”<sup>332</sup>. ¿Cuánto influyó en parte de la elite porteña el deseo de parecerse a la clase alta de la capital? ¿Cuánto determinó sus conductas sociales observar lo que hacían los “elegantes” en Europa?

Los diarios, nuestra única fuente sobre las fiestas en las casas, informaban que el comerciante Ambrosio Sánchez, en pleno invierno del año 1849, ofrecía en su hogar un “espléndido” baile; sus invitados llegaron a las nueve de la noche y se retiraron a las seis de la mañana<sup>333</sup>. Al año siguiente, el escocés Alejandro Miller, casado con Juana Nugent White<sup>334</sup>, organizaba, “en su espaciosa casa”, un baile que incluyó como invitados a miembros de la elite porteña y a representantes de la “elegancia de Santiago”<sup>335</sup>. Cuatro años después se informaba que el señor Swartz ofrecía un baile de disfraces a doscientos invitados, los que habían pagado cerca de 200 pesos por cada traje. Las mujeres se habían vestido de griegas, turcas, aldeanas, vivanderos, noche, alba y primavera, y los hombres de griegos, turcos, caballeros a la moda de Luis XIV, mosqueteros, guardias y antiguos españoles<sup>336</sup>.

El 28 de febrero de 1876, cuando los bailes alcanzaban una mayor importancia que antes, Juana Rosa y José Tomás Ramos ofrecían un “sarao musical”. De moda en Europa desde la caída de Napoleón I, dicha fiesta combinaba el baile con la conversación y la representación dramática o musical de algunos de los asistentes. Pero, y a diferencia de los que se celebraban en Inglaterra<sup>337</sup>, donde los invitados no sólo pertenecían al alto mundo social, los de Valparaíso reunían a una concurrencia escogida e integrada básicamente por los miembros de la elite.

El motivo que tuvieron los Ramos fue celebrar el cumpleaños de la señorita Esmeralda Cervantes, una artista española que finalizaba su tempo-

<sup>331</sup> *El Mercurio*, 7 de diciembre de 1850.

<sup>332</sup> Revista de Sud-América, N° 10, Valparaíso, 10 de marzo de 1863.

<sup>333</sup> *El Mercurio*, 3 de julio de 1849.

<sup>334</sup> AN, NV, v. 170, f. 854 y ss.

<sup>335</sup> *El Mercurio*, 7 de diciembre de 1850.

<sup>336</sup> *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1854.

<sup>337</sup> Fugier, *Op. cit.*, 218.

rada de presentaciones en Valparaíso, y, de paso, despedir al verano. Los convidados fueron citados a las nueve de la noche, iniciándose el sarao con algunas interpretaciones de la misma homenajead. A continuación, cuatro asistentes cantaron el cuarteto de Rigoletto, y en seguida “tres hermosas señoritas”, acompañadas por algunos “caballeros”, actuaron en una comedia. Finalizada la representación se sirvió una “suntuosa cena”, al término de la cual –y después de desarmar el improvisado teatro– se dio comienzo a un baile, que terminó a las cinco de la mañana, y en el que participaron cerca de quinientas personas<sup>338</sup>.

A los pocos meses, los Ramos organizaron una tertulia con ocasión de la visita a Valparaíso de la nave brasileña Vital de Oliveira. Informaba *El Mercurio* que dicha familia había “dado en el lindo palacete que habita un opíparo banquete en que reunió selecta sociedad... (Y que) más tarde un crecido número de damas y caballeros (habían) tomado parte en la tertulia”, dedicándose a conversar y bailar hasta altas horas de la noche<sup>339</sup>.

El 24 de diciembre de 1877, Juana Rosa y José Tomás Ramos volvían a sorprender a la sociedad de “buen tono” con un “espléndido baile”. En esta ocasión se consideró que la Noche Buena era una fecha oportuna para reunir a la gran sociedad en un baile de fantasía. El cronista de *El Mercurio* describía que esa noche, en la mansión de aquellos, todo era “espléndido: (tanto los) muebles (como los) cortinajes y artesones... (Y que) miles de luces dejaban ver hacia una testera del gran salón un hermoso bosquecillo de pequeños árboles cubiertos de flores escogidas. Grandes coronas de rosas tachonaban las paredes y estas, entrelazadas con guirnaldas colocadas con mágica maestría, venían a formar el más hermoso conjunto”<sup>340</sup>.

A las diez y media de la noche la orquesta interpretó el primer vals. Mujeres y hombres disfrazados dieron comienzo al baile. Pero las primeras, por expresa disposición de la dueña de casa, se cubrían con un velo que impedía a su pareja conocer su identidad<sup>341</sup>. Finalmente, y después de disponerle aquella, y cuando se había creado entre los hombres un clima de “dudas, intrigas (y) curiosidad por conocer” (a las mujeres) que los acompañaban, estas se “despojaron de su velo” revelando a su pareja su verdadera identidad. En ese momento los asistentes se enteraron que Ismenia Soruco de Hörmann estaba vestida de andaluza; Margarita Rey Basadre de Dorado

---

<sup>338</sup> Idem, 29 de febrero de 1876.

<sup>339</sup> Idem, 3 de noviembre de 1876.

<sup>340</sup> Idem, 27 de diciembre de 1877.

<sup>341</sup> Idem.

de molinera; Elisa Sarratea de Lyon de dama de honor; Margarita Ramos de Yrarrázaval de Isabel de Baviera; Elvira Sarratea de Ramos, la reina de la fiesta, de capricho; María Luisa Pretot y María Teresa Yrarrázaval de gitanas; Lucía Yrarrázaval de pastora; Carmela Achurra de batelera; Amelia Lynch de cielo estrellado; Emilia Sarratea de billete de banco; Elena Schröder y Elisa Jackson de novias de la edad media; Delfina Pividal de madame Pompadour; Rosa Germain e Irene Letts de locura; Julia Hörmann de *tableau de dame*; Mercedes Dorado de horario; Ismenia Hörmann de árabe; Hortensia Lynch de persa; Herminia Parodi y la señorita Couve de damas venecianas; Ester, Mercedes y Amelia Montiel vestían de siciliana, bandido y jugadora; y Rafaela Casanueva y la señorita M. de la Barra de sombrero e indefinible, respectivamente<sup>342</sup>.

Los hombres, por su parte, también habían elegido disfraces diversos. Así, se presentaron de diplomáticos C. Brown, Camilo Letelier, B. Lambertengui, A. Mac-Clure, Gubler y Adeldorfer; Roberto Lyon lo hizo con traje de ministro de la corte de Luis XIV; Luis Dorado se vistió de Juan Leyden; Anibal Wilson de Francisco I; Santiago Rey Basadre de Mefistófeles; Fanor Lemoine de Genaro Borgia; Alberto Sánchez y Guillermo Soffia lo hicieron de Guillermo Tell; Eliodoro Montiel de marqués de Caravaca; Alberto Besa de Ruy Blas; M.A. Estuardo de almirante inglés; Roberto Pretot de *bouton d'or*; Arturo Gutiérrez Cobo y J. Frederick de *incroyable*; Eduardo Sánchez de duque de Nevers; R. Devés y R. Balmaceda de turcos; H. Beeche de oficial de servicio; Nicasio Toro de napolitano; M. Devés de bufo del siglo XVI; Eugenio La Motte de *pierrot*; Alberto Gormaz de coronel de la guardia imperial austríaca; Carlos Segundo Lorca de *babolé de la Jolie Parfumeuse*; A. Reyes de veneciano; T. Budge de duque de Guisa; C. Letts de cable trasatlántico; T. Loubel de convencional; Amaranto Ocampo de Juan Padilla; Domingo de Sarratea de olla del pobre, disfraz que el cronista atribuía al "carácter festivo" de aquel; y, en fin, muchos otros hombres que no se identifican y que se disfrazaron de estado mayor de la reina, pajes y con otros trajes que no se detallan<sup>343</sup>.

La sociedad de "buen tono" había disfrutado de una agradable fiesta. Inolvidable, y en la cual los disfraces utilizados dejaban en evidencia no pocos de sus gustos, intereses, preocupaciones y sensibilidades. Entre las mujeres sobresalían los atuendos más o menos cercanos a los temas románticos, que conocían a través de las revistas que recibían de Europa, los libros y muy especialmente por las representaciones de ópera, ballet y zarzuela que

---

<sup>342</sup> Idem.

<sup>343</sup> Idem.

podían ver en los teatros de Valparaíso. En esas expresiones artísticas, en efecto, los personajes folclóricos, las gitanas, los bandidos, o figuras como Juana de Arco, tenían papeles principales. Los hombres, por su parte, también se inspiraban en personajes de óperas románticas, como queda en evidencia al comprobar que se disfrazaban de Ruy Blas, Mefistófeles y Guillermo Tell. Sus trajes correspondientes a personajes históricos, por otra parte, reflejarían su admiración hacia figuras que, en mayor o menor grado, personificaban rasgos del espíritu romántico de la época. El punto está en saber por qué se disfrazaban hombres y mujeres con esos trajes. ¿Lo hacían por una suerte de identificación con temas y personajes?, ¿porque estaban de moda y les resultaban simpáticos y divertidos? ¿Porque era repetir lo que se hacía en Santiago y en Europa, o, simplemente, porque deseaban representar una identidad diferente a la que tenían en la vida cotidiana?

¿Cuánto costaba una fiesta semejante? Por cierto que el cronista del periódico no informaba sobre el particular. Pero, tomando en consideración lo que importaron algunos bailes que financió la elite para rendir homenaje a algunas figuras públicas, se puede sugerir que el “espléndido baile” de los Ramos debe haberles supuesto un desembolso que fluctuó entre los seis y ocho mil pesos<sup>344</sup>. Una cantidad importante y que entonces posibilitaba, entre otras cosas, adquirir una casa sencilla en la calle de la Merced en Valparaíso<sup>345</sup>.

Los bailes, sin embargo, no eran puramente una diversión agradable. O un gasto significativo para agrandar y sorprender a los invitados. En algunos de ellos, en efecto, se detecta el propósito de combinar la entretención con la caridad o la ayuda a los más necesitados. La familia Ramos vuelve a ser un buen ejemplo en tal sentido. Así, en el mes de agosto de 1877, *El Mercurio* informaba que Juana Rosa Ramos de Ramos había fundado la “Sociedad de Beneficencia y Socorros”<sup>346</sup>, cuya finalidad era “establecer en todos los barrios de la ciudad cocinas económicas destinadas al socorro de los pobres y al auxilio de la gente de pocos recursos que desea alimentarse de buena clase (y) a precios baratos...”<sup>347</sup>. Dos meses después, Juana Rosa Ramos de

---

<sup>344</sup> En 1872 se organizó un baile en el Teatro de la Victoria para una cantidad semejante de invitados. Los comestibles preparados en el Café de la Bolsa importaron 4 mil pesos, sin incluir licores; 5 mil 500 pesos se pagaron por el arriendo y el arreglo de dicho teatro; y 1 mil 500 se cancelaron a la orquesta y coro que debía interpretar los valsés, en *El Mercurio*, 5 de marzo de 1872.

<sup>345</sup> Vargas Cariola, *José Tomás Ramos...* Op. cit. 254.

<sup>346</sup> *El Mercurio*, 28 de agosto de 1877.

<sup>347</sup> Idem.

Ramos, considerando que debía agradecer la cooperación que había recibido para organizar esa institución, dio un baile en su mansión. En esa oportunidad, informaba *El Mercurio*, "toda la casa estaba admirablemente arreglada..., lo mismo que la mesa, en donde a la abundancia se unía lo variado y exquisito... La concurrencia, que era tan numerosa como selecta, no habrá podido menos que retirarse sumamente complacida de la fiesta, y sobre todo de la amabilidad de la dueña de casa, que sabe atender a la mesa del rico con la misma solícitud que se consagra a la olla del pobre..."<sup>348</sup>.

¿Era un simple pretexto el que daban los Ramos para organizar ese baile? ¿O sentían la obligación ineludible de ayudar a los más necesitados? Las preguntas indicadas son muy difíciles de responder, en gran parte porque no tenemos documentación que nos permita saber el pensamiento íntimo de dicha familia sobre los pobres de Valparaíso. En todo caso, y a modo de sugerencia, diríamos que los más necesitados parecen seguir formando parte de las preocupaciones de la elite, aunque la riqueza de muchos de sus miembros —más patente que en la primera mitad del siglo XIX— contribuía a establecer con los desposeídos separaciones que tal vez no habían existido con anterioridad. Esta mayor distancia con los pobres podría haberse agudizado por el hecho de que parte de la clase alta, a partir del último tercio del siglo XIX, dejó sus casas del puerto y comenzó a establecerse en Viña del Mar. De esta manera, dicho grupo se alejaba físicamente de los pobres de Valparaíso, con los que antes —porque vivían cerca de sus casas o porque los veían a diario como limosneros— tenía una relación bastante más cercana.

## VI. LA RUEDA DE LA FORTUNA

Describir a la elite como un grupo que, en mayor o menor grado, disfrutó siempre de tranquilidad y sosiego material, así como medios para mantener un alto tren de vida, es ofrecer una imagen parcial. Porque la verdad es que quienes formaron parte de ese círculo no tenían la capacidad o la suerte necesaria para clavar la rueda de la fortuna, de tal manera de conservar siempre el capital acumulado o la posición alcanzada.

En efecto, en la época era relativamente frecuente que, por las más diversas razones, se perdiera lo que se tenía o que la muerte del padre impidiera a la familia continuar con el tren de vida que llevaba. En cualquiera de estas circunstancias, la familia rica o pudiente se vería obligada a dejar

<sup>348</sup> Idem, 23 de octubre de 1877.

la hermosa casa en que, con menaje de Europa y muchos sirvientes, había vivido; sus miembros, sobre todo las hijas y la madre, no podrían comprar los vestidos de última moda a los que se habían acostumbrado; faltarían los recursos para organizar entretenimientos lujosos y viajes costosos, y no habrían medios para rematar palcos en el Teatro de la Victoria o mandar a los hijos a estudiar fuera del país.

Sin pretender analizar los vaivenes económicos de la elite, diríamos que los mismos se producían, en primer lugar, porque un sector de ese grupo tenía un tren de vida digno gracias a las entradas que obtenía el padre con su trabajo diario. Pero que este no le permitía ahorrar lo suficiente para tener bienes que, en caso de necesidad o de morir aquel, le posibilitaran a la familia contar con medios para mantener la misma situación que había tenido hasta entonces. Edwin Letts, por ejemplo, era un antiguo comerciante inglés de Valparaíso, que se desempeñaba como director y secretario del Lloyds de ese puerto, y como administrador de varios ferrocarriles que corrían en el norte. Mientras vivió su familia tuvo un buen pasar. Pero a su muerte, acaecida en 1870, su esposa y sus seis hijos quedaron en una "crítica posición", al carecer de medios para subsistir sin las entradas que obtenía Letts con su trabajo<sup>349</sup>.

Algo similar sucedió con el matrimonio integrado por José Luis Borgoño y Margarita Maroto. José Luis, como se dijo, fue administrador del Teatro de la Victoria hasta su muerte, acaecida en 1877, y senador de la República<sup>350</sup>. Los Borgoño-Maroto siempre llevaron una vida de cierta comodidad. Pero Margarita, al enviudar, no quedó con los bienes suficientes para vivir tranquilamente de sus rentas, sin que sepamos si esto ocurrió por poco espíritu de ahorro o exceso de gastos superfluos. Por las razones que sean, Margarita, con el objeto de sostener a sus cuatro hijos, debió continuar con la administración de dicho teatro, y rematar, al igual como lo había hecho antes su marido, la mantención de las cabalgaduras de la policía de aseo y seguridad de la ciudad<sup>351</sup>. Con toda seguridad los ingresos que obtenía en una y otra cosa no fueron suficientes para llevar la vida relativamente tranquila que había tenido mientras vivió José Luis, su marido.

<sup>349</sup> Idem, 16 de julio de 1870.

<sup>350</sup> Pereira Salas, *Historia del Teatro...*, 261. Ocupó ese cargo político desde el período legislativo que se inauguró el 2 de junio de 1875, en Valencia Avaria, Luis, *Anales de la República*. Segunda Parte. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1986, 256.

<sup>351</sup> *El Mercurio*, 26 de noviembre de 1877, y *Valparaíso medio siglo atrás* (s/autor), *Op. cit.*, 81. Al año siguiente se incendiaba el Teatro de la Victoria, lo que debe haber agudizado los problemas económicos de Margarita, en Hernández, *Los primeros teatros...*, *Op. cit.*, 322.

Un caso diferente, aunque similar en sus consecuencias a los anteriores, es el del médico inglés Nathaniel Miers-Cox. Este logró reunir en el ejercicio de su profesión una serie de bienes. Así, a mediados de la década de 1840 declaraba ser dueño de una casa en la calle Duarte, dos casas en la Chimba, una quinta en la calle Santa Rosa de Santiago, una chacra de ochocientas treinta cuadras, a cuatro leguas y media de esa ciudad y una hacienda de dos mil cuadras en Chanco. Hacia 1843-1844, sin embargo, debió hacer cesión de todos sus bienes por haber otorgado fianzas a amigos que, por las más diversas razones, no respondieron oportunamente por sus obligaciones<sup>352</sup>. A partir de entonces, la familia Miers-Cox vivió modestamente. En Valparaíso, adonde se trasladó, Javiera, la esposa de Nathaniel, se vio en la obligación de reducir los sirvientes, debió enseñar a sus hijas para “que no tuviesen necesidad de modistas y costureras”, y al resto de la familia le predicó la necesidad de “mantenerse y vestirse con toda economía...”<sup>353</sup>. Más aún, y para ahorrar lo más posible, se levantaba muy temprano e iba a “comprar en el mercado los alimentos para el día y así reducir el costo...”<sup>354</sup>.

Los ejemplos de empresarios y comerciantes son muy ilustrativos. Porque normalmente supusieron un trastorno importante o el fin de una gran fortuna por malos negocios, escaso espíritu empresarial o, simplemente, amor al lujo y a la ostentación. La fortuna de Nicolás Christian Schüth se hizo sal en el agua por negocios desafortunados relacionados con minas de cobre y, por otro lado, por las “extravagancias” de aquel. Sin medios, y siendo un hombre mayor, se ganó la vida desempeñando un cargo en la Aduana de Valparaíso. Pero, como las entradas que obtenía en ese puesto no le eran suficientes, debió aceptar, de un antiguo empleado de su firma, una suerte de pensión para poder hacer frente a los gastos que le demandaba su empobrecida familia<sup>355</sup>.

Buena parte de la riqueza de Antonio Canciani, por mencionar otro caso, se perdió por el tren de vida que llevaron sus sobrinos y Antonio Fernando Flindt, más preocupados de gastar que de iniciar nuevas especulaciones o ahorrar<sup>356</sup>. Así, evidentemente, el dinero no podía durar, sobre todo si los negocios navieros de Antonio no ofrecían las ganancias de antes. Las deudas, por lo mismo, no se hicieron esperar y los acreedores, a mediados de la década de 1840, exigieron su pago a los socios de la firma Canciani<sup>357</sup>. El

---

<sup>352</sup> Miers-Cox, *Op. cit.*, 9, 30 y 50.

<sup>353</sup> *Idem.*

<sup>354</sup> *Idem.*

<sup>355</sup> Wessel, *Op. cit.*, 65.

<sup>356</sup> Howe, *Op. cit.*, 81-83.

<sup>357</sup> *Idem.*

intento de Flindt de fabricar vidrios y cristales, en compañía de Juan Agustín Vives y en virtud de un privilegio exclusivo que obtuvo en 1842, no dio los frutos que aguardaba<sup>358</sup>, ni menos sirvió para recuperar el capital perdido.

Adolfo Fernando, en bancarrota, decidió partir a California. Muchos otros jóvenes del alto mundo social hicieron otro tanto, en una determinación que satisfacía tanto sus ambiciones económicas como sus sensibilidades románticas; esto último porque dicho viaje les daba la oportunidad de “partir hacia el nuevo Eldorado para realizar allí la difícil aventura de hacer historia sobre la tierra prestada...”<sup>359</sup>. Adolfo Fernando estaba convencido de que allí encontraría el oro que necesitaba para superar la situación que vivía y para volver a darle a María Teresa el tren de vida de siempre. Pero, y al igual que muchos otros, no tuvo suerte como minero. Era un fracaso que no esperaba y que no estaba en condiciones de aceptar. Sin pensarlo demasiado, decidió quitarse la vida. Pero antes envió a María Teresa, en el mejor estilo romántico, un hermoso chal en una fina caja, junto con una carta en la que le explicaba su trágica determinación<sup>360</sup>.

La decisión de Flindt —en cierto modo motivada por el daño que había hecho— no parece algo excepcional. Así, otros grandes comerciantes, ante situaciones semejantes, también optaron por la misma fatal solución. En 1843, por ejemplo, se quitaba la vida Eduardo Berkemeyer. Este, que era cónsul de Hamburgo y “uno de los principales comerciantes de la ciudad...”, se disparó un tiro después que no pudo responder por pérdidas cercanas a los 40 mil pesos<sup>361</sup>. Años más tarde, D. M. de Bordes también se suicidaba impulsado por las “dificultades mercantiles” que se le habían presentado<sup>362</sup>. Dejando de lado consideraciones de carácter médico para explicar esas trágicas determinaciones, da la impresión que los anteriores se sintieron impulsados a suicidarse por una suerte de vergüenza por el daño que, sin querer, habían infligido a la familia, a acreedores poderosos y a otros de menor cuantía. Dañar a tantos, en una época en que la moral de los negocios exigía corrección, lealtad y escrupulosidad, resultaba una presión social nada fácil de soportar.

Hubo otras figuras que también experimentaron serios trastornos económicos. Pero estas dificultades no los llevaron a quitarse la vida, sino a trabajar más duro para recuperar lo perdido. El alemán Juan Stuken, que

<sup>358</sup> Encina, Francisco Antonio, *Historia de Chile*. Tomo XIII. Editorial Nascimento. Santiago, 1949, 558.

<sup>359</sup> Pereira Salas, *Historia del Teatro...*, *Ob. cit.*, 338.

<sup>360</sup> Howe, *Op. cit.*, 81-83.

<sup>361</sup> *El Mercurio*, 3 de noviembre de 1843.

<sup>362</sup> *Idem*, 14 de julio de 1856.

llegó a trabajar a Valparaíso a la casa comercial de Joshua Waddington, se independizaba hacia 1830, o poco tiempo después<sup>363</sup>. En 1861 se veía en la necesidad de liquidar sus bienes (consistentes en terrenos y en una cervecería en Valparaíso) para responder por una serie de fianzas que había otorgado a amigos y conocidos que, por diversas causas, no pagaron sus préstamos a tiempo. Satisfechas sus obligaciones, se trasladó a Santiago donde estableció, a los pies del cerro Santa Lucía, una fábrica de pan y galletas para ganarse la vida e intentar recuperar lo perdido<sup>364</sup>.

A mediados de la década de 1860 el inglés Tomás Bland Garland —que había sido socio de Matías Cousiño y tenía intereses en la Compañía del Ferrocarril Urbano de Valparaíso, entre otros negocios<sup>365</sup>— perdió buena parte de lo que tenía. Su desastre financiero fue provocado por una situación fortuita. Inmanejable y ajena a su responsabilidad. El bloqueo del puerto de Valparaíso por la escuadra española, en efecto, le impidió desembarcar los rieles y otros elementos que requería para construir el tramo entre San Fernando y Curicó del ferrocarril del sur. Las pérdidas que le ocasionó ese hecho lo obligaron, entre otras cosas, a vender su quinta en Las Zorras. Su mujer, inglesa como él, no se amilanó. Antes bien, lo animaba y consolaba ante la desgracia. No le importaba olvidarse de las entretenciones y la vida agradable que había llevado antes, y enfrentar los malos tiempos ocupándose, en la quinta que les quedó, de cuidar las flores, los árboles frutales y las aves de corral<sup>366</sup>.

#### SUGERENCIAS FINALES

La conducta de Garland o Stuver puede mover a pensar que en Valparaíso, en el último tercio del siglo XIX, persistía uno de los rasgos capitales de la clase alta porteña: el amor al trabajo y a la vida sobria y sin lujos, tal como lo habían predicado y practicado no pocos miembros de ese grupo durante la primera mitad de esa centuria.

Mirando más atentamente, sin embargo, se advierte que dichas virtudes parecen tener menos vigencia que antes; que han sido en alguna medida desplazadas por un estilo de vida que ahora está más cercano de la mansión que de la casa sencilla; que prefiere la fiesta elegante y de alto costo al juego de

<sup>363</sup> Soto Rojas, *Op. cit.*, 118 y 119.

<sup>364</sup> *Idem*, 122.

<sup>365</sup> Hillman, *Op. cit.*, 89, 90, 91, 143, 316 (nota) y 332.

<sup>366</sup> *Idem*.

cartas o a las interpretaciones al piano en el salón familiar; y que, en fin, le ha dado al dinero y a la ostentación un valor que antes no tenían. Si se acepta esta evolución, que resulta evidente al observar la vida privada de parte de la elite porteña, se puede sugerir, en primer lugar, que hacia fines del siglo XIX ese grupo había perdido algunos de los rasgos que lo habían distinguido en su etapa inicial; y que, en segundo término, había adquirido otros que —como lo anotó Fernando Silva Vargas<sup>367</sup>— lo hacían semejante a la elite de la capital —a los “elegantes de Santiago”, para ser más exactos— y a las clases altas europeas. ¿Qué influyó en ese cambio? ¿Parecerse a clases que consideraba con más prestigio social? ¿Escasa fuerza de los ideales originarios? La pregunta, en esta investigación, no tiene respuesta. Queda abierta para que a través de otros estudios puedan precisarse los factores que habrían influido en esa trascendental evolución de la clase alta porteña<sup>368</sup>.

Así y todo, no puede sostenerse que los antiguos ideales hubieran sido totalmente desplazados, y que todos los miembros de la elite querían ser como los “elegantes de Santiago”. Por las razones que sean, dichos valores seguían presentes en los casos de Stuken y Garland, en algunos inmigrantes recién llegados, y seguramente en un cierto número de chilenos o descendientes de extranjeros que habitaban en los cerros o en alguna de las calles del plan, y que, por íntimas convicciones, seguían practicando una vida piadosa, sencilla, de familia y de esfuerzo personal, y en la que no tenía cabida —a pesar que no pocos de los anteriores tenían sólidas posiciones económicas— la mansión, el lujo, el gasto desproporcionado o la desmesurada ostentación.

---

<sup>367</sup> Silva Vargas, *Op. cit.*, p. 64.

<sup>368</sup> Lorenzo Schiaffino, Santiago, en *La elite porteña. Reseña acerca de su identidad y de su lucha por la autonomía regional*, en *Bases históricas del desarrollo regional de Chile*. Actas de la VII Jornada Nacional de Historia Regional de Chile. Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Santiago, 1996, 299, expone la oposición que plantea *El Mercurio*, a mediados del siglo pasado, entre la “incipiente burguesía” porteña y los “Aristócratas santiaguinos”... Esta afirmación no desmiente el hecho de que a partir de entonces surgió —en un sector de la clase alta de Valparaíso— una admiración por la elite de la capital, al menos en lo que dice relación con su estilo de vida. Ni tampoco el que se hubiese incubado en dicho puerto, en la misma medida que disminuía su antiguo esplendor, un acentuado regionalismo.